


LIBRARY OF PRINCETON
THEOLOGICAL SEMINARY



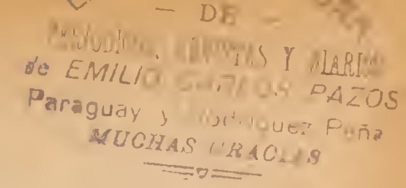
Solidaridad

10



Julio 1944

BUENOS AIRES



La Argentina ante la presión continental

A medida que el conflicto europeo o euroasiático preludia su desastre final va acentuándose la tirantez de los espíritus y la hiperestesia colectiva. No precisamente porque se tema que la gran tragedia pueda ofrecer al mundo expectante un desenlace sorpresivo, sino porque no atinamos a vislumbrar cuál será el éxito de la guerra que está debajo de la guerra, según expresión de Waldo Frank. Es decir: porque prevemos que, sea cual fuere el resultado de las dos mecánicas guerreadoras enfrentadas, la postguerra provocará en todos los pueblos cambios substanciales en la organización social, política, económica, familiar, nacional e internacional del mundo.

Dos docenas de estadistas no van a encontrar, al otro día de firmada la paz, por más que discutan en torno a la mesa de los tratados internacionales, la fórmula social, política o ceonómica que organice el mundo y asegure un bienestar durable, dice egregiamente Leonel Franca. El tratado de Versalles de 1918 fecundó el cataclismo actual. Un nuevo tratado tenderá a prolongar el agotamiento y la anemia del contrincante forzado a morder el polvo, y envenenará los espíritus hasta la exasperación. Esta reventará luego en un tercer episodio del cual no ha de escapar impune el neoliberalismo enclenque y efímero que engendrará sin duda el triunfo aliado. Neoliberalismo que no puede prometerse más tiempo de vida que el precisado por Rusia para recuperarse del sofocón nazi, y asentar un poco sus viejas ideas de dominación proletaria universal bastante convulsionadas a esta hora.

La guerra que ruge bajo la guerra —para decir lo que sentimos— se deja oír demasiado próxima. El triunfo neoliberal constituirá un reinado de opereta. Porque las democracias triunfadoras deberán adoptar regímenes de fuerza parejos a los totalitarios de Alemania y de Rusia si presumen frenar a las masas desenfrenadas por la relajación de la guerra.

Es fácil entrever en los discursos de los dominadores mundiales su preocupación frente a la indisimulable e inminente convulsión social y económica, que fermenta en las mismas enormes fábricas, donde se forja el arma bélica, y en el campo de batalla, en el que no sabe el soldado ni por qué mata ni por qué muere. La amenaza comunista se cierne cada día más próxima y más inevitable sobre los países vencidos no menos que sobre los vencedores; si puede hablarse en el actual desbarajuste de vencedores y vencidos.

La *vis a tergo* o culatazo de la guerra constituye, por otra parte, un fenómeno indefectiblemente registrado a todo lo largo de la historia.

Por lo que hace a nuestra patria si logró hasta aquí equidistar con noble neutralidad de ambos sectores beligerantes; es decir, si ha conseguido evadir el temporal de la guerra de pueblo a pueblo, puede asegurarse sin lugar a duda que no podrá escapar a la marejada de fondo, a la *vis a tergo* de la lucha de fronteras, esto es, a la revolución social.

También sobre nosotros ciérnese el peligro de una sublevación de las

masas soliviantadas más por el contagio de otros pueblos que por la fuerza de la vida proletaria o la tragedia de la desocupación.

Es preciso preparar a este pueblo para esa prueba. Corremos peligro —no lo negaré— de ser víctimas de totalitarismos internacionales y de entrometimientos foráneos atentatorios a la autonomía nacional. El triunfo ha cegado siempre a los triunfadores. Y no sería improbable se pretendiera, bajo el señuelo de defender la paz continental y la democracia interamericana, que la vida política, económica y social de las naciones del continente fuera dirigida por poderes hegemónicos.

De esta suerte se corromperá el concepto de soberanía nacional y se implantará un verdadero despotismo en América que subyugará a los pequeños pueblos sometidos y condenados a vivir el ludibrio y el encantamiento lelo de su libertad democrática.

Con la ilusión del enfermo que cree poseer todavía el brazo amputado, así algunas naciones americanas sienten a esta hora su libertad y su soberanía. De poco sirve la independencia geográfica cuando no se posee la independencia política, económica y jurisdiccional.

La Argentina no se resuelve a vivir con libertad de hinoptizada. Y la historia, cuando le haga justicia en el futuro, habrá de reconocer que ella sostuvo la verdadera democracia internacional, al no someterse a la coyunda prepotente. Porque es hilarante hablar de soberanía nacional y de democracia internacional cuando los pueblos no pueden designar libremente a sus gobernantes, ni encauzar por propia cuenta la industria y el comercio nacional, ni mantener una noble autonomía, las veces que ésta no resulta atentatoria al bienestar de las demás naciones del continente hermanadas por idéntica cultura y parejo anhelo de libertad.

Es irrisorio hablar de política de buena vecindad entre pueblos sometidos. Y la dignidad nacional nos impele a repudiar el comanditarismo de los esclavos para sostener con toda nuestra energía la solidaridad de los pueblos libres.

Es muy justo reclamar libertad e igualdad de hecho a aquellos que se jactan de llevar como ejecutoria en sus blasones bélicos la defensa del derecho a tal libertad e igualdad.

Por otra parte, el cuchicheo internacional de sanciones económicas a la Argentina no sólo logrará cohesionarnos civilmente, purificando a los patriotas auténticos de sus resquemores partidistas y de sus mezquinos egoísmos, sino que despertará secretas simpatías en los pueblos hermanos que saben hasta qué punto resulta infundada e inconsulta la aplicación de tales medidas punitivas.

Creemos no equivocarnos al asegurar que las naciones americanas, unidas por la herencia del patrimonio cultural hispano, no pueden menos de aplaudir nuestra entereza. El reclamo argentino de libertad constituye para ellas no sólo un gesto simbólico sino una garantía, ante la faz de todos los pueblos de la tierra, de la propia autonomía y una defensa política de la propia libertad.

La actitud limpia, inquebrantable y noble asumida por la Argentina, ante el proceso a que la somete Norte América, ennoblece a todo el consorcio de naciones latinoamericanas estrechamente vinculadas a nuestra historia y a nuestras tradiciones.

SOLIDARIDAD

Solidaridad

REVISTA MENSUAL
Calle SARMIENTO 412 - Piso 1.°
U. T. 71 - 8090 - Buenos Aires

DIRECTOR:
Doctor Enrique Benítez de Aldama



Solidaridad de los Católicos Americanos para la unidad del continente. Unidad del continente para la paz del mundo

Año I | Julio de 1944 | N.° 10

La Argentina ante el colapso de postguerra

A nuestro entender la verdadera amenaza contra la patria ha de temerse del comunismo, indiscutido triunfador de la guerra, cualquiera sea la suerte de las armas. El comunismo, peligro mundial, sólo será combatido eficazmente:

1. — *En el orden material,* concediendo a las clases asalariadas los legítimos reclamos de medios de subsistencia, de vivienda, de confort, de esparcimiento y de cultura. Es decir otorgando al comunismo toda la gran parte de verdad y de razón que le asiste en su empeño por las justas reivindicaciones obreras. En este sentido, sólo quien sea perverso podrá negar el esfuerzo del Gobierno de la Nación a fin de mejorar la condición social de los trabajadores y de subir en la medida de lo equitativo y de lo justo el standard económico de vida.

2. — *En el orden espiritual,* lo diremos sin tapujos, se hace preciso informar la Argentina con un *verdadero cristianismo.* Fácil es de ver que es más arduo lograr el mejoramiento espiritual que el mejoramiento económico. Porque se ha propagado excesivamente una religiosidad formulista, que reviste de apariencia cristiana a seres desposeídos de fe y de moral; porque no siempre, por desgracia, las clases inferiores hallan ejemplo de auténtico y sincero catolicismo en las clases superiores sedicentes cristianas; porque es inmensa la propaganda oral y escrita antirreligiosa vertida por la linotipia, la radio, la cinematografía y el sectarismo antiargentino de las confesiones protestantes sostenidas por millones anuales de dólares; y porque el clima de relajación moral creado en todas las esferas sociales torna arduo el retorno a la sobriedad, a la adustez, y a la mortificación exigida por la auténtica vida cristiana.

El tema es vasto en demasía. Para no divagar concretaré mis reflexiones en este artículo a exponer la necesidad del retorno no sólo individual sino social al *espiritualismo sobrenatural,* inspirador de sobriedad en el goce y de austeridad en la vida, cual ha sido el espiritualismo tradicional de nuestro pueblo. *Porque únicamente la vida sobrenatural puede brindarnos soluciones sociales duraderas y eficaces,* y sólo ella puede dejarnos el beneficio de la tranquilidad en el orden, que es la paz.

Se me objetará de entrada que en nuestra patria nada queda por hacer en orden

a recristianizar las masas, que el país se conventualiza, que aquí se oye misa a silbo de dianas. Se nos dirá que los escritores católicos somos querendones implacables, gentes desconectadas de la realidad, y que al mundo no puede convertírselo en abadía benedictina ni siquiera en borgo medieval.

Lo sé. Pero tampoco podemos consentir se juegue con palabras equívocas y se dé en llamar religión católica a una ética natural vacía de sobrenaturalidad e hibridizada de paganismo, de la que no es de esperar el beneficio social de la paz y del orden que tan sólo frutecen las auténticas civilizaciones católicas.

Y a esta hora no pocos de los que creen predicar catolicismo están propalando ética natural probadamente estéril. Porque la cultura y la moral natural son remedios a medias para las dolencias del hombre histórico que padecemos y de la sociedad histórica que formamos nosotros, seres terciados de concupiscencia, egoísmo y estulticia.

"Gran parte de la vida natural permanece obscura sin una explicación sobrenatural" dice Luis Sturzo. Y sin soporte sobrenatural no es posible orden alguno duradero. Quien haya extirpado de sí mismo el optimismo antropocentrista y la euforia liberal entenderá la necesidad de sobrenaturalizar la vida aun en las acciones más menudas. Sólo quien atienda en todos sus actos al destino eterno del hombre podrá redimirse del aturdimiento a que lo condenan las obscuridades e incógnitas imbricadas en los más menudos problemas del orden social, del económico y del político.

No basta crear salarios justos y protección al obrero, ni basta proporcionar al trabajador vivienda propia y baño caliente; no es suficiente ordenar el intercambio de materias primas entre las naciones; ni fijar precios máximos y mínimos y determinar los límites del capitalismo y subvenir al indigente; ni tampoco basta deparar educación ética a los escolares: en una palabra, no es suficiente coordinar la vida a tenor de una teología y religiosidad natural. Si pretendemos no evadirnos de la realidad humana adhiriendo inconscientemente al positivismo es preciso comprendamos que la vida en todos sus órdenes y en todas sus zonas —familia, fábrica, taller, escuela, oficina pública, campo de deportes, templo— debe estructurarse de suerte que sea vitalizada y fecundada por una concepción superior sobrenatural.

Por vida sobrenatural entiendo aquí —y no pretendo dar una definición que llegue a las raíces de la metafísica de la gracia— el conocimiento de la grandeza de nuestra elevación hasta misteriosas cimas divinas de unión amorosa con Dios, y el comportamiento moral reclamado por esa maravillosa vinculación.

Seres viciados, que somos los hombres por la culpa original y por la concupiscencia, implacable efecto del pecado, no lograremos conservar esa unión de amor sino a precio de vencimientos y renunciamientos heroicos. Sobre todo cuando los pecados personales y los hábitos inveterados de claudicación han acrecido la impetuosidad de las pasiones y el rigor de la concupiscencia.

El pecado engendra un daño progresivo y condena la voluntad a una especie de imposibilidad práctica de reeducación moral, pues llega a pervertir la sindéresis y a torcer los dictámenes de la conciencia, confundiendo las fronteras del bien y del mal, de suerte que se acepten y justifiquen hasta las más bochornosas claudicaciones y los peores desórdenes éticos.

La custodia de la vida sobrenatural y la corrección moral que ella exige hacen precisa la expiación o la penitencia, especie de cátharsis purificadora que nos restituye a la pureza primera, que ilumina nuestra conciencia volviéndola discretamente precavida y temerosa del pecado, que aviva nuestros instintivos anhelos de Verdad, de Belleza, y de Bien eterno, y que nos revela el sentido y el mérito sobrenatural de las acciones más menudas de la vida.

Las diferencias sociales y económicas, la condena, que en este mundo padecemos, al trabajo, a la enfermedad y a la privación de seres queridos, los infortunios y fracasos y la implacable lucha por mantener en equilibrio las facultades inferiores humanas y las superiores, a fin de que las exigencias de la carne no ahoguen los reclamos del espíritu, todo ello tórnase posible desde que sabemos el trascendental valor del vencimiento, del dolor, de la sobriedad y de la penitencia.

Y sin estas virtudes, que condicionan la vida sobrenatural, resulta imposible la

convivencia humana, la tranquilidad y el orden.

No faltará quien piense ser todo esto cuanto ahora digo exoterismo y mal humor. Vaya un ejemplo para aclarar nuestro pensamiento. Si la enseñanza del catecismo en la escuela se ordena como recurso para cohesionar y concinar las mentalidades de los argentinos, para adherirlos a la tradición, para cultivarlos y culturarlos de suerte que sean capaces de comprender la historia, como Jaurés escribía a su hijo, el cristianismo se convierte en recurso normalista o culturalista y es privado de su principal potencialidad.

Nada es tan erróneo como pretender los beneficios secundarios de la religión católica obstaculizando sus bienes primarios. Nada tan estulto como buscar sus frutos descuidando la vida de la raíz. El cristianismo no es una pedagogía ni una filosofía culturalista, ni una preceptiva ética ni siquiera una religión naturalista. Es vida sobrenatural que revela el destino histórico y misterioso del hombre, su filiación divina, y que comunica a los espíritus energías sobrenaturales de suerte que puedan alcanzar ese excelso destino.

El cristianismo ilumina las inteligencias, con la luz de sus grandes dogmas, en la afanosa busca de solución al misterio de la insatisfacción humana, y del antagonismo interior entre la concupiscencia y el espíritu; revela el misterio del pecado y del dolor, explica como una secuela de la culpa hereditaria, el desnivel social y económico, arroja luz sobre la necesidad de adustez en el usufructo de los bienes materiales, y de sobriedad, rigor, medimiento y penitencia en el disfrute de los placeres legítimos y honestos.

El cristianismo nos alecciona acerca de la igualdad humana, ennoblece el matrimonio proclamando su indisolubilidad, y redime a la mujer de la condición de esclava y de manceba a que la condena el paganismo.

Quien no acepta el cristianismo como él es con todas sus fecundas enseñanzas, y particularmente quien no lo concibe como una vida, pierde la clave para la solución de indescifrables incógnitas humanas. Y, lo que no es menos considerable, desplaza al hombre, a la familia y a la sociedad de la posición histórica en que Dios quiso colocarlas.

Aceptado tan sólo como filosofía naturalista el cristianismo hállase condenado al fracaso como todo lo provisorio y repentizado, ni puede satisfacer al hombre, como no le satisface la moralina segregada por el autonomismo kantiano, y es ineficaz en orden a establecer un régimen social y político que pueda prometer estabilidad.

La vida sobrenatural no niega ni corrige la vida natural sino que la transforma, explica no pocos de sus misterios, y, como dice Sturzo: "La perfecciona haciendo posible el goce honesto de la vida natural". Sin ella no podemos desarrollar todas nuestras fuerzas espirituales, ni conservarnos intelectivamente inmunes de error, ni superar moralmente las culpas, ni alcanzar un destino que llene de significación el ansia inmortal del espíritu, ni obtener una comunicación con Dios que nos permita participar de su misma naturaleza". (*La Verdadera Vida.* Introducción).

Hace algunos años anticipé en unas páginas insertas en mi Ensayo: *Belleza, Amor, Filosofía* (*Stromata*, V. 3 — *La Filosofía Católica* — 1941) la tesis que ahora Sturzo sostiene en su último libro.

Había escrito entonces: ¿Qué es la política y la sociología y la economía del mundo?

—Búsqueda desesperada de solución al conflicto humano entre subordinación y despotismo, entre jerarquía de clases y orgullos raciales, entre miseria y explotación. Pero búsqueda de solución dentro del mismo hombre. Es a saber, cálculo y combinación de elementos humanos, de pasiones, virtudes, tendencias, reacciones psicológicas y sociales, y, en una palabra, de virtualidades puramente humanas. A esto se ha reducido la sociología de los sociólogos naturalistas, positivistas, pragmatistas, en muchos siglos de especulación sobre el hombre.

Y, he aquí, que en el término de todos estos cálculos no hemos obtenido ni política, ni sociología, ni economía ninguna que eficazmente medique la tragedia económica, social y política de los pueblos.

Porque dentro del hombre no es posible hallar remedio para el hombre. Es él como un animal de presa que hubiera nacido sin garras, llevando en la sangre un

instinto sanguinario que fenece en el desmayo de inútiles zarpazos.

Si no se sale del hombre, si no se atiende a su finalidad, a su destino sobrenatural, y juntamente a los medios que a él le conducen sobrehumanizándole, dentro del círculo ocluso de él mismo, en vano se busca remedio a lo irremediable.

¿Se dirá entonces que entre las teleologías de todos los seres es éste el único que no posee en sí, en sus solas fuerzas y virtudes, elementos eficaces con los que pueda concertar un imperio social, inmune de tiranías, de odios de clases y de indignos pauperismos, justo remate de sus naturales aspiraciones? ¿Habrá de afirmarse de él que es un mónstruo?

—Lo es, lo es. Socialmente el hombre es monstruoso. Moralmente es algo aún peor.

¿No enseñan acaso los teólogos que el *homo lapsus* y, quizás, quizás también el no caído, es incapaz con sus solas fuerzas morales de ordenar la voluntad, sin un grave desorden, en la observancia de toda la ética natural? ¿No dicen que quien presuma guardar sin tacha ninguna esa ética, únicamente con sus virtudes naturales y con el empeño de su carácter y de su rectitud, es irremediable se precipite mortalmente?

Dudo mucho que hasta ahora hayan atendido los filósofos, ni aun los filósofos cristianos, todo el alcance de esta tesis teológica. Sus derivaciones y aplicaciones a mi juicio llegan muy hondo, y es preciso se las tenga a la vista siempre que se trabaje un problema específicamente humano. Las ciencias y las filosofías que versan en torno al hombre persisten en desatender este dato que debemos a la revelación cristiana. Nuestros pensamientos, no iluminados por esa luz, nos inducirán a juzgar de muy opuesto modo. Por ello es tanto más apreciable y atendible esta verdad de la teología.

Mis expresiones podrán parecer exageradas a quienes no comprendan que la sociología debe llegar hasta las fronteras teológicas de lo sobrenatural si pretende ser enteramente católica, limpia de adherencias rusonianas, antropocentristas y positivistas.

Los escritores católicos bajo la presión liberal parecían complacerse en concinar una sociología y una política encerradas en el coto de la teología natural; especulando de esta suerte en torno a un ser político, el hombre, totalmente desorbitado de su realidad histórica. Cuanto se borde en disciplinas sociales en torno a un ser adulterado de esa realidad, por una parte, resultará incongruo, ineficaz y falso; y, por otra, viciará la auténtica sociología católica.

Obras como *La Verdadera vida*, de Sturzo y *Three Theories of Society*, de Furfey, poseen la bondad de iluminar la sociología con la teología de lo sobrenatural. Lo que equivale a alzar las disciplinas sociales a la altura de la ascética y de la mística cristiana. Porque la pedagogía y la educación que no culminan en la ascética cristiana por más que llenen las inteligencias de noticia cristiana no son pedagogía ni educación cristiana.

Puede el católico estudiar la doctrina budista para atesorar noticia intelectual sobre las ideas de Sakyamuni, y seguir viviendo su fe y su moral católica. De la misma manera puede el budista llenarse de conocimientos católicos sin informar su vida de catolicismo.

La sociología, la política y la economía deben ser no tan sólo iluminadas por la verdad católica sino informadas por la vida sobrenatural. Lo primero sin lo segundo, además de ser inútil en el orden práctico, crea el equívoco de sugerir en el orden teórico que es posible un sistema social católico sin vida sobrenatural católica.

Este fatal equívoco explica el caso dolorosamente repetido de personas a las que les parece que cumplen con el cristianismo, y les da derecho a denominarse cristianos porque aceptan intelectualmente algunos dogmas de la fe y participan de algunas prácticas de la liturgia; aunque en su vida privada justifiquen la moral inmoral que los informa.

El cristianismo que no se acepta con dolor y que no se lleva con abnegación difícilmente constituye una vida. Deja sospechar que es únicamente doctrina decorativa.

Cuando un Obispo medioeval se encaraba al príncipe y en medio de la cetrería le reprochaba su público concubinato velaba más por la ortodoxia de la religión que el fraile dominicano del XV que quemaba carne de Kátharos y de Husitas en las hogueras de la Santa Inquisición. La vida, que es el catolicismo, interesa tanto como

los dogmas. Los hombres ardidos de concupiscencia, que somos nosotros, no podemos llevar esa vida sino con la fiebre con que prende la vacuna en un organismo necesitado.

A esta hora la Argentina vive un período de esplendor. No he de negarlo. Pero síntomas sugestivos me dejan entrever que para muchos el catolicismo constituye una doctrina, un patrimonio tradicional, una útil pedagogía, un complemento cultural, una necesidad en la escuela, una liturgia en las fiestas patrias, una misa de campaña en los cantones, una vistosa bendición episcopal en las inauguraciones, una cita en los Congresos Eucarísticos, un pulcro exordio en los discursos y hasta una comunión en el día de Corpus; pero de ninguna manera una vida sobrenatural.

El pecado, dolencia de la voluntad zaherida por la concupiscencia, no ofende a la vida cristiana sino como lesión o como enfermedad. Pecados habrá siempre. El pecador merece respeto como miembro de cuidado dentro del Cuerpo Místico, mientras en su corazón no justifica su pecado.

Tal justificación constituye una especie de herejía contra el dogma de la vida sobrenatural. Y, como toda herejía, cercena del Cuerpo Místico al órgano mórbido, por más que él se empecine en apodarse católico.

Si lo sobrenatural engarza en el individuo como una vida, no menos debe zurcirse a la sociología, a la política y a la filosofía cristiana. Me parece harto razonable este pensamiento de Sturzo: "¿Por qué motivo no extenderemos el estudio de la sociología a la vida sobrenatural, que constituye una particular síntesis social, más aún, la síntesis finalista y pacificadora de la sociedad? La sociología pertenece al grupo de las ciencias llamadas morales para distinguirlas de las ciencias físiconaturales. Se ha tratado, es cierto, de reducir la sociología a ciencia biofísica o psicológica, pero al proceder así se intentó trastrocar los datos de la libre actividad del hombre con lo condicional de su materialidad y se trasladaron las experiencias psicológicas del individuo o de los individuos socializados, a la entidad social como si ésta fuese un ser psicofísico enteramente especial y autónomo. La verdadera sociología es la ciencia de la sociedad en concreto, en su existencia y en su desarrollo histórico. Si la sobrenaturalidad es un hecho histórico y social débesela comprender en el campo de las investigaciones sociológicas".

La Iglesia no permitirá jamás que ni el poder civil ni nadie convierta el catolicismo en moralina política propagada en favor de un régimen de gobierno, de un binomio de hombres, de un partido dominante, o de una clase rectora. Lo repetiré hasta el hartazgo: Toda la obra de la Iglesia se endereza directa o indirectamente a hacer posible la vida sobrenatural dentro de la sociedad.

Como en el orden histórico las grandes reivindicaciones obreras nacieron desgraciadamente del marxismo; así, no menos desgraciadamente, la sociología fué producto del positivismo novecentista. El simple a quien esto escandalice piense, para su edificación, que la teología misma, en su mayor parte, ha brotado de la negación herética y que del estiércol de Ennio salió muy buena poesía latina. De la contemplación y del amor de los santos brotó la mística, como de la santidad de la Iglesia surgió su perennidad, esa perennidad que la mantiene incólume a través de los avatares del mundo.

Mientras la sociología y la política desechen el sobrenaturalismo católico, no podrán ofrecer verdadera solución católica a los conflictos sociales y políticos, ni serán redimidas de su pecado de origen, quiero decir, del antiespiritualismo y antisobrenaturalismo en que acunaron.

Quien creyera que la vida sobrenatural interesa tan sólo al espíritu, en sus relaciones íntimas con Dios, erraría de plano. Interesa también y de un modo directo a las relaciones de un hombre con otro hombre, de un pueblo con otro pueblo, de una raza con otra raza; y, no en menor grado, a las del gobernante y del gobernado, el asalariante y el asalariado, la dueña de casa y la mucama.

No es posible unión ninguna sobrenatural con Dios sin unión sobrenatural con el prójimo. Y en la medida que un ser se une a su prójimo sobrenaturalmente y le venera, en esa misma medida se vincula a Dios y le adora.

Hernán Benítez.



COSEDORES DE VELAS
Cuadro de Quinquela Martín que decora la escuela Pedro de Mendoza en la Boca

Notas de Arte

Las Exposiciones Artísticas en Buenos Aires

BENITO QUINQUELA MARTIN

Son tan numerosas las salas de exposición y tantos los artistas que exhiben en ellas sus trabajos que materialmente es imposible reseñarlas todas en una sola crónica.

Mencionaremos por eso únicamente las principales; las de aquellos maestros consagrados, cuyas espaciadas presentaciones constituyen acontecimiento en el mundo del arte. Y ya está viniendo a los puntos de la pluma el nombre de Benito Quinquela Martín, que ha colmado las cuatro salas de la Galería Witcomb con setenta y cuatro grandes telas, dibujos y grabados.

La fuerza de siempre, la potencia del color, el trazo enérgico del pincel, de la espátula o del lápiz están presentes en estos cuadros cuyo asunto es el de siempre: las quietas barcazas ancladas, el penacho de humo de las fábricas y de los barcos que se alejan o vienen, el esfuerzo de los hombres, la multitud hormigueante, la melancolía de las cosas de la ribera y arriba y abajo el cielo azul, las ondas de espejo del río.

Lo característico de Benito Quinquela Martín es la potencia y las audaces contraposiciones de verdes, rojos y amarillos; aunque ahora se nos presenta asordando un tanto sus tonos con el uso del negro, de la tierra de siena y de toda la gama del gris.

En la serie de los "Motivos del Fuego" ha hecho experiencias de una audacia afortunada, pues ha logrado hacer pictórico lo que difícilmente podía ser representado por la pintura: las deslumbrantes luces del hierro incandescente, de las fogatas, de los incendios, de las fraguas y las rudas actitudes de los laminadores. Pero el hombre,

cuya técnica alabó Mauclair, puede permitírselo todo. Un artista de su metal sale airoso de la empresa que se proponga porque con segura intuición sólo emprende aquello que su potencia puede alcanzar.

El retorno de Quinquela ante el juicio del público ha sido victorioso. Es siempre el poeta a lo Veeraharen de las cosas del puerto, de la Vuelta de Rocha, de los viejos puentes, de las casuchas dc la Boca, de los hombres rudos del trabajo de carga, pero no puede decirse que se repita ni que sus cuadros en conjunto fatiguen, su venero es inagotable. La luz que proyectan sus pinceles sobre las vidas y los objetos transitorios es una luz de eternidad.

MIGUEL VILADRICH

No queremos dejar sin mención la exposición de los trabajos de otro gran artista de renombre europeo, desde hace años radicado entre nosotros, que se efectúa en la sala Müller: nos referimos al pintor catalán Miguel Viladrich, el español de las manos brujas, porque tal es el realismo que pone en sus obras que las cosas parece alentar con una vida mágica, la vida que confiere la realización artística.

La pincelada, como es ya clásico en sus cuadros, es invisible, sus colores entonados y dulces, luminosos, a pleno aire y hay en ellos una visible intención poemática.

Los temas que ha elegido Miguel Viladrich son también esta vez temas de nuestra tierra: una visión cariñosa de las cosas nuestras, paisajes, hombres y animales. Tenemos que agradecérselo por ser tan alto artista y ser estos cuadros como un testimonio de afecto a nuestro país.

ABRAHAM VIGO

Abraham Vigo, el diestro grabador, ha exhibido un serie de agua fuertes, puntas secas, y monocopias en la Galería Müller.

Arte severo el suyo, sin aquellos halagos del color que cautivan la atención del gran público, ha tenido sin embargo un éxito en la atención de los entendidos que ha admirado la sutileza de su lápiz, la limpieza de su factura, lo expresivo de su dibujo. Nosotros, sin olvidarnos de estas cosas y sin perjuicio de concederle la alta calidad que se merece, encontramos en sus trabajos una intención de crítica social que ya no pertenece propiamente a los dominios del arte estricto. La alegría está proscripta de los grabados de Abraham Vigo. El trabajo es presentado en esos cuadros como una tortura interminable que devasta los cuerpos y agobia las almas. Hombres y mujeres parecen tísicos y siempre atormentados por un inmenso infortunio: el infortunio de ser explotados.

Solamente en una cabecita el lápiz de Abraham Vigo parece haberse ablandado en un movimiento de ternura.



Quinquela Martín

OMAR VIÑOLE

Como fin de fiesta nos referiremos a la exposición de Omar Viñole, que exhibe tallas en quebracho en la galería "Greco". He aquí un artista en busca de una expresión, que tampoco encuentra esta vez. Omar Viñole ha practicado la medicina, la literatura, la filosofía, la greguería, el panfleto, el catch-as-catch-can, la vaca... ahora tienta con el quebracho y siempre con poca suerte. Esperamos que en otro intento con otra materia logre expresión adecuada a la "genialidad" *que fuera de dudas posee.*

Miguel Sotomayor

El Destino de la Juventud

En la última conferencia pronunciada en Buenos Aires, Jacques Maritain se despidió con estas palabras: "Creo que vosotros, jóvenes argentinos, y especialmente los jóvenes católicos argentinos, tenéis por delante una gran obra a realizar, en todos los planos: en el espiritual, en el intelectual, en el social, y, para algunos, también en el plano de la política. Tratad de que esa obra procure la unión, la paz, la mutua comprensión entre vosotros y vuestros conciudadanos de buena voluntad, sobrepuestos en espíritu a toda mezquindad y a todo prejuicio de clase o de partido". Palabras olvidadas quizá y que hoy más que nunca es deber repetir hasta el cansancio para exigir de los jóvenes el fiel cumplimiento de ellas. De lo contrario continuaremos por mucho tiempo todavía con simples amagos de unidad en el campo de nuestra juventud.

Pero antes que a los jóvenes debemos exigírselo a los encargados de conducirlos, a esos que tienen la misión, la responsable y delicada misión de guiarlos con certeza dentro del peligroso laberinto de ideas modernas. Porque si los llamados a dictar normas de conducta no se ponen de acuerdo en los medios a emplearse para que los jóvenes cumplan sus deberes inherentes a su misma condición de jóvenes, éstos estarán siempre divididos, como lo están ahora, y seguirán disputando sobre el camino a seguir para llegar al fin: la recuperación de la patria.

La recuperación no será posible total, íntegramente mientras subsistan polémicas sobre si el nacionalismo tiene o no tiene doctrina y se funden revistas que solamente logran atraer a determinados grupos.

Nadie duda de la buena intención que todos ponen en orientar a la juventud. Pero la orientan por grupos. Cada grupo propone, como es natural, utilizar tales o cuales medios Y entre proponer y rechazar se malgastan las fuerzas y el resultado obtenido es pobre. Obtendrían mucho más si antes se pusieran de acuerdo los *jefes*. Habría que deponer para ello todas las interpretaciones *personales* y de bloques. Y preciso sería el renunciamiento de algunos imitando la actitud de San Martín frente a Bolívar. De no ser así, si no se comienza por un acuerdo no meramente teórico, sino práctico entre los encargados de dirigir a los jóvenes, la unidad tendrá que aguardar bastante aún para llegar a realizarse definitivamente.

Sí, todos defienden la soberanía, aspiran a que el país se independice económica y espiritualmente de la influencia extranjera y trabajan entusiastamente para el logro de aspiraciones tan justas y propias de nuestra estirpe. Son los menos quienes dudan. Pero se proponen distintos caminos y los jóvenes no saben cuál seguir. O se internan por uno, para luego retroceder y comenzar otro, o bien sucede que se dividen en grupos y cada grupo marcha por *su* camino. Y aunque el fin pudiera ser el mismo —por lo general lo es— no están los tiempos como para que la reserva y la esperanza de un porvenir venturoso se disgregue en esfuerzos parciales. Algo falta entonces. ¿Qué es?

Los jóvenes están divididos porque obedeben a distintos *jefes*. Si éstos a su vez obedecieran de la misma manera, en idéntico grado, las cosas marcharían bien. Pero no lo hacen. Habría que elegir, pues, a uno que lo hiciera por todos. Ese sería el jefe de los jefes. ¡El Caudillo! Y éste no asoma por ningún costado. No nos engañemos entonces con espejismos. Hasta que ello no acontezca —que será en verdad un gran acontecimiento— vanos resultarán los intentos de unificar la opinión de los jóvenes.

Los jóvenes necesitan de ejemplos. Si no se lo dan pueden reaccionar y rebelarse. lo mismo que en los colegios religiosos donde no le dan nada y cuando salen exclaman: "¡Por fin, ya estábamos hartos de curas!". Y lo grave es que a veces no se hartan solamente de curas... Gracias a Dios el magnífico libro del P. Lord, S. J., va a despertar a muchos responsables de tales tragedias.

Si los jóvenes piden, quieren, exigen ejemplos, hay que brindárselos. Y uno que hoy podrían ofrecerle es el que demostrará cómo los llamados maestros de la juventud, comprendiendo el gran sacrificio que de todos los hombres responsables del futuro inmediato requiere el destino de la nueva Argentina apenas esbozada, pusieron fin a esas desgastadoras y estériles discusiones, cuya única e inevitable conclusión es la desunión. Y si la desunión empieza por donde no debiera empezar, ¿cómo pretender ver a los jóvenes marchar unidos por la senda que la grandeza intelectual y moral de la patria nueva reclama?

Bueno es exigir un poco menos de la juventud y darle algo más. Estamos acostumbrándonos a que ella todo lo realice. Pero no pensamos que el rendimiento impone una alimentación adecuada.

La mejor alimentación apetecida por la juventud será la compuesta por excelentes ejemplos. Por eso ama tanto a Cristo cuando se le enseña Su vida y Sus actos tales como fueron. Y cuantos más ejemplos parecidos en algo a Cristo le ofrezcan, tanto mejor. ¡Se entusiasma mucho, muchísimo más por San Agustín, San Francisco y hasta por Frassati y Bullesi que por casi todas las *figuras de la tolerancia* juntas!

Hablamos aquí de los jóvenes católicos y no de los que aceptan los principios católicos porque entienden que defenderlos implica asumir la defensa de nuestra tradición. Al respecto es necesario poner las cosas en claro, como lo hizo Mons. Franceschi en "Criterio" Nº 852. Artículo el suyo cuya lectura debe ser objeto de máxima atención para comprender ciertas cosas por lo general tan confundidas. A él quedan todos remitidos.

En medio de la evidente desorientación que se observa a poco de sondar en el océano de opiniones, sería oportuno, para contribuir a la unidad, establecer cuál es la misión, el destino de la juventud. Este no puede ser otro que el señalado por la tradición fundada por España. Y "la tradición, dice Vázquez de Mella, es como el mayorazgo espiritual de un pueblo, y los fundadores quieren que se trasmita a las generaciones venideras". Nada importa su interrupción por un régimen traidor a ella, aunque en esa traición tenga mucho que ver la decadencia y deserción del mismo fundador. "La tradición incluye el derecho de los antepasados a la inmortalidad y al respeto de sus obras; implica también el derecho de las generaciones y de los siglos posteriores a que no se les destruya la herencia de las precedentes por una generación intermedia amotinada". Volver a la tradición, a la tradición legada por la España imperial, para resurgir la limpia, serena y devota como nunca, es la misión de la juventud argentina. Así deben entenderlo los que aspiran a conducirla hacia su alto destino. Y así también lo entiende el P. Gabriel Riesco en su reciente libro "El Destino de la Argentina". Libro éste donde no deben buscarse detalles que censurar —toda obra humana los tiene—, sino la intención del autor, el amor, el pensamiento, la vida misma que brota de esas páginas de hondo fervor patriótico. Quizá algunos las encuentre demasiado exaltadas. Pero sabemos muy bien que a los tibios todo les parece extremado. Son los que no adoptan ninguna posición efectiva. Son los indiferentes. Los que merecieron el repudio de Dante con aquel verso puesto en labios de Virgilio: "no hablemos de ellos, pero mira y pasa".

Estamos en revolución, dice Gonzaga de Reynold en su estupendo *ensayo de síntesis*. Y a la revolución se la domina con otra revolución. Con otra revolución justa, pues las revoluciones pueden ser justas e injustas. Para que la revolución sea justa debe estar basada en la Verdad que es Cristo. Así, además de justa será heroica.

La Verdad nos la trajo España. Por lo tanto si retornamos a España y España vuelve a entrar en nosotros, estaremos de nuevo con la Verdad.

El libro del P. Riesco contribuirá a ello. Es además un llamado a la juventud, a la juventud que "ya no cree en glorias falsas, en héroes de papel y propaganda". Es un toque sonoro de hispanidad y muchos debieran prestarle la atención suficiente para comprender hacia donde debe guiarse a los jóvenes.

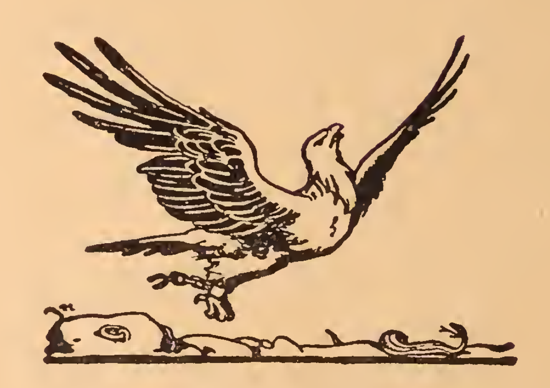
"La esencia del ser nacional —escribe el P. Riesco— la constituye la hispanidad y el catolicismo, o sea, que la Argentina es la rama frondosa y florida del hidalgo y católico tronco español". Y la rama debe volver a pegarse al tronco. "Nuestra patria tiene como elementos constitutivos de su

ser la hispanidad y el catolicismo, los que en unidad espiritual de raza y de ideales forman la sangre y el espíritu, la esencia de la Argentinidad". Sobre este concepto el autor de "Nuestro destino Histórico" insiste a través de todo el libro y fácil es hallar expresiones semejantes a las transcriptas. Ello no redunda en perjuicio de la consición o síntesis a que pudieran resumirse. Por el contrario, otorga a cada página un sabor hispánico tan hondo y sentido y tan ligado a un puro sentimiento de argentinidad, que el lector, sobre todo el lector joven, no puede impedir el contagio de esas íntimas vibraciones espirituales. ¡Ojalá que también ocurra con todos aquellos cuyos *puntos de vista* obstaculizan la definitiva y ansiada unidad juvenil!

Es muy posible que "El destino de la Argentina" —que es el destino de la juventud— encuentre algunos reparos en ambientes donde todavía la idea de hispanidad es mal interpretada. Es muy posible también que la finalidad, noble, justa y patriótica, "en encender la pasión por la causa de nuestra Patria y recobrar la fe en sus grandes ideales", no sea rectamente comprendida. Todo ello es más que posible. Estamos viviendo una hora de prueba. Los valores fueron trocados, tergiversados y ahora no sabemos con claridad de dónde venimos, y adónde vamos.

Las corrientes que postulan la recuperación nacional parten de varios puntos y cada una arrastra a su manera. Casi todas pretenden cortar de un solo golpe y estamos en peligro de herirnos para siempre. Caemos en los extremos. Por eso el libro del P. Riesco no será objeto de la atención que merece, aunque la obra es, por sobre todo, una valiosa contribución a la reconquista espiritual de la Argentina y como un índice señalando el rumbo definitivo, único —por verdadero— que la juventud debe aceptar a seguir sin vacilaciones si quiere cumplir con fidelidad su destino.

Francisco Miguel Tirelli



Tarde de Toros

Domingo de sol. En La Paz todos los días son de sol, y si sabemos que hoy no es domingo es porque no hay toros; y por nada más. Y la tarde de toros! La plaza se llena el domingo de color y de gritos hasta los topes y las barreras apenas si contienen al público que ahora impaciente clama por los toros, y aprobará luego con atronadores olés la buena faena y silbará la cobarde.

No hay manolas sabrosas mordiendo claveles rojos en la rueda, es verdad, pero hay mixtura y oropel de polleras en el sol y más severidad en la sombra, y hay tanta alma torera en estas corridas como en España. Y hay, a fe, toreros también.

Seis capas de oro cubren seis balcones cuando suena el primer clarín. Un toro negro, gordo y bien armado, sale a la arena a ser bravo y arremete codiciosamente contra los burladeros. Y luego lo recibe el matador, hecho un manojo de coraje y elegancia, y recoge un trueno de olés por cada desplante y adorno pinturero. El alma, ávida de sensaciones fuertes, se encoge y desencoge así como pasó la bestia rozando al torero; recordamos entonces aquellos versos de Lorca...

"Y en la punta de su espada cinco rosas dejó abiertas.
"A cada instante rozaba el hocico de las fieras,
"Como una gran mariposa de oro, con alas bermejas".

De repente, un grito y todo el mundo está de pie; el colombiano en una media verónica superior se ciñó demasiado al toro y resultó trompicado; la cuadrilla se lleva al toro y otros al muy "macho", con una herida en la región inguinal derecha de seis centímetros de largo por cuatro de profundidad. Pero el tercer toro, uno recogido de pitones, volvió el colombiano rengueando, y olvidado frente al toro de su herida, lo capeó con quietud y elegancia, lo muletió con pases de alto y de pecho, con molinetes de parado y de rodillas hasta emborrachar al toro, y luego, cuando se cuadró la bestia, le aplicó la espada entera que hizo hincar al toro por unos instantes para desplomarse luego sin una gota de sangre y a los compases de un pasodoble de la banda tachera, banda de toros, pues. Es que si sangre ha de quedar en el redondel ha de ser la del torero. Es de ley. El que llaman "El Sargento", matador del primer toro, se cansó de recogerlo y castigar el hastado. El clarín tocó a banderillas, y se clavaron tres buenos pares. Luego, el mismo clarín tocó a muerte. "El Sargento", después de brindar su primer toro al Alcalde, entre las ovaciones del público, lo muletió a gusto y placer; y cuando el animal se colocó oportuno le clavó media espada que bastó para hacer rodar al toro sin puntilla. Los pañuelos se agitaron pidiendo oreja y el blanco del Alcalde la concedió al buen matador.

Y así más toros y más orejas hasta el sexto; molinetes de ley, feroles audaces, rodillazos, banderillas bien puestas, pases de muletas y espadas. A veces se necesitan dos estoques y aún el puntillazo para acabar con el toro.

Seis toros cayeron en la tarde del domingo; seis toros, que cayeron para lucido espectáculo y para poner en juego la vida de una mediadocena de hombres, entre matadores y banderilleros, que son también un espectáculo.

El pueblo vuelve a sus casas, al trabajo cotidiano, recreando su mente en la corrida del domingo próximo. La cuadrilla vuelve también, después de esta resurrección del triunfo del domingo, a esa semana que se me figura de una agonía que se decidirá en vida o muerte en la tarde del domingo que viene.

Volver a resucitar y agonizar cada domingo. Aquí reside en realidad la crueldad del espectáculo, espectáculo donde no existe la garantía de que vencerá siempre la razón a la fuerza y donde más de una vez la fuerza arrolló a la razón dejando en la arena la roja señal de la veracidad de este aserto.

La Paz, julio de 1944. Dionisio Varga

Aguafuertes

Para escándalo de judíos y carcajada de ateos

A veces le caen a uno a las manos libros que lo paralizan, que lo dejan perplejo, sin que sepa qué decirse ni qué decir de ellos. En un mismo punto y de antuvión me han llegado dos de estos libros, de los cuales quien presuma escribir que piense bien lo por decir, pues si se descuida hace la plancha del siglo. Daré cuenta ahora de uno de ellos.

Aquí está *Coronada de espinas* (escrito por O. A. Boyer — Editorial Excelsa — Buenos Aires, 1944). La protagonista de esta biografía es una muchacha canadiense con estigmas, es decir, con todas las llagas de Cristo Crucificado milagrosamente florecidas en su cuerpo para gloria de Dios y de su Iglesia, escándalo de liberales y de ateos e irrisión y burla de truhanes. Como Teresa Neumann vivía de milagro y entraba en éxtasis a cada rato, como yo entro en rabia; y veía visiones, y en su lecho de diez años postrada gozaba el don de toda la milagrería.

Sufría física y moralmente horrores, permitidos por Dios para su depuración y mayor asemejamiento al amado, y numerosos errores, provocados por los que la gobernaron, algún director espiritual incluso, para su mayor humildad y vencimiento.

Poseía el don de lenguas, de bilocación, de profecía, de cardiognocia y todos los carismas, incluso el de mandarle desde su lecho algunos avisos al Obispo cuando éste desbarraba, y el maravilloso don celestial de no enloquecerse ante sus directores espirituales, cuando la tomaron por conejo de indias y fueron aprendiendo en ella un poco de mística. También, quién le ha de exigir a un pobre clérigo de St. German de Granthan que se trague la *Introducción a l'étude du merveilleux et du miracle* de Tonquédec o los *Etudes sur la psychologie des mystiques* de Maréchal, a la espera de que un buen día le caiga encima un alma carismatizada.

Además esta preciosa chica, María Rosa Ferrón, coetánea mía durante un cuarto de siglo y de cuya existencia —desgraciado de mí, amigo desde chico de cosas raras— no sabía una sola palabra, esta criatura formidable, vivió 33 años, poseyó el don peregrino de ser extraordinariamente cuerda, equilibrada y comprehensiva, y el otro don, no menos peregrino, de haber hallado un buen director espiritual, entre no pocos mediocres, del que no consta que estuviera ni cosa que se parezca.

En fin: he aquí una heroína estupenda, ante la cual no acierta uno a decir palabra; y cuya vida, por contraste con la nuestra vulgarota y vacía, nos cae como trancazo y nos hace dolernos de nuestra interior miseria hasta los fondos del corazón.

María Rosa Ferrón —*la pequeña Rosa*, que le decían— murió a las 10 de la mañana del 11 de Mayo de 1936. (¡Quién me hubiera dicho aquella mañana, allá en el Colegio de Santa Fe donde yo entonces penaba, que en el mundo se extinguía en ese preciso instante un infinito amor!). La Prensa que hace poco mató a Benjamino Gigli en estado de perfecta salud, no publicó aquel día ni el retrato ni el nombre de María Rosa Ferrón, que llenará la historia del futuro. Así es la vida, hermanos, así es la vida.

Pues bien, yo no sé que más les diga de las 208 páginas que he leído deslumbrado y de un tirón. Ante seres como éste hay que callar, muda el alma de arrobamiento, como ante un océano orificado de amanecer o ante una inefable teofanía. Quien quiera abrir un poco los ojos frente a la realidad tremenda de las almas heroicas, cuya existencia es fuerte reproche a nuestras vidas va-

cías y estúpidas (tú a la tuya, lector; y yo a la mía), que se asome a este libro. Saldrá de él bastante asqueado de sí mismo y de la vida insignificante que vive y bastante purificado de su sordidez moral.

Porque estas vidas sacuden hasta los entresijos del alma, como los Ejercicios Espirituales de San Ignacio predicados por un jesuíta verdadero, o como una muerte repentina a nuestro mismo lado, o como una enfermedad fiera que nos lleva hasta el filo del otro mundo, y de la que se vuelve a la vida con el alma un poco mudada.

¡La petite Rose! ¡Otra que petite! Muchacha crucificada en su lecho, deforme, llagada, transpirando sangre, enloquecida de dolor y de amor, escurraja y piltrafa de vida, pedacito de entraña tirada a la vida para que palpite y se retuerza y agonice diez años seguidos y lastime verla y despedace el corazón de la madre y lleve hasta el último confín la paciencia del padre y se murmure de la crueldad de Dios, que permite misterio semejante de sufrimiento, si no se comprende el inefable dogma paulino del adimpleo ea quae desunt passionum Christi, in carne mea pro corpore eius, quod est Ecclesia, creatura colosal... ¡Qué cosa inmensa! Y qué miserable me encuentro cuando a ti te veo.

Los guascazos que va a dar esta pequeña a más de cuatro que gallean de espiritus fuertes y chacotean con las místicas. Quisiera verles la cara cuando lean esta breve vida y al término quisiera tomarles el pulso.

¿Que no te hizo nada? ¿Que todo eso es histerismo, mojigatería y macaneo?

¡Ah! Date a versos, condenado, date a típicas de la radio o a novelones de Stefan Zweig. Mira las figuritas del *National Life*. Habla de robots, de películas, de fútbol, del frío, de los discursos de Cordel Hull, de tu estrellita de predilección... ¡Mataiotes mataioteton! ¡Ah, bruto! ¡Qué cierto lo que San Pablo dijo: "El animal que tú eres no percibe lo divino". Lo divino de verdad, ¡eh!, no lo que por tal entienden las tilingas de Buenos Aires, que a todo le sueltan un ¡qué divino!

Epistolario

Una dama nobilísima, como que carga cinco apellidos, tres de ella y del marido dos, me escribe airada porque los versos *Mi tristeza* y *Claro de Luna*, que vertí en la entrega anterior de SOLIDARIDAD le han disgustado profundamente.

"Le halaga a Usted —me dice— escribir palabras exóticas y dimensionales que llamen la atención. La belleza no precisa rebusques. Con su exoterismo trata de tapar su vacío de sentimientos..."

Sigue luego toda una preceptiva literaria, con citas y ejemplos de Amado Nervo, de José Asunción Silva, de Marquina, de Darío, de Bécquer, "a quien adoro", y termina con el siguiente párrafo:

"Podría proseguir marcando diferencias entre la poesía verdadera (la romanticona y retórica de los citados) y la pretenciosa e inhábil de hoy en día. Aquella no precisaba de aparatosidad ni de palabrerío retumbante. Lea Usted Señor de Aldama, a Don Juan Zorrilla de San Martín. No hallará en todo Tabaré una palabra exótica...".

RESPONSO

¡Oh Dama pentónima! juro y perjuro reviente
al instante mi mente si busca la voz retumbante
el verbo alharáquico, exótico y sesquipedal.
Y sea mi santo y mi seña de hoy en adelante
la fácil palabra de Nervo, la adimensional.
Creedme, Señora, que habré de portarme también
donjuanzorrilladesanmartinescamente bien.

Leonardo de ALDAMA

Cuaderno del Taller San Lucas

Acaban de llegar a nuestra redacción los tres primeros números de esta interesante revista publicada en Granada (Nicaragua) y en la que colaboran en forma habitual una "Cofradía de escritores y artistas católicos" del mencionado país hermano.

En los tres números aparecen estudios originales e interesantes sobre crítica literaria, poesías seleccionadas de las más modernas antologías y artículos históricos, sociológicos, y filosóficos. Hay también análisis sobre los múltiples aspectos del arte pictórico y escultórico, tratados a la luz de un sano progreso artístico pero sin olvidar ni menospreciar las clásicas y eternas leyes del buen gusto, que pertenecen a todos los siglos. Matizan las secciones de esta revista "Cuaderno del Taller San Lucas", abundantes dibujos, viñetas e ilustraciones, elocuentes reflejos del esfuerzo en que están empeñados los cofrades.

Como casi todas las revistas católicas, ésta demuestra a las claras el esfuerzo económico que supone su publicación, puesto que el papel y en general el tecnicismo no están de acuerdo con su evidente importancia y con el indiscutido valor de las colaboraciones. Xilografías de subidos kilates artísticos y atisbos interesantísimos para un arte nuevo. Este órgano de la inquietud intelectual y artística guatemalteca toca todos los temas inclusive los teológicos. Damos a continuación la sencilla introducción del número tercero del "Cuaderno del Taller San Lucas", por el interés que ofrece:

"El uno tenía el rostro de hombre —dice Ezequiel—. El otro, a la derecha, la tenía de león. El tercero de toro. Y el cuarto, a la izquierda, tenía el rostro de águila".

Así poemizaba, vaticinaba Ezequiel a los cuatro mensajeros de la Buena Nueva.

Mateo fué visto bajo el símbolo del hombre, porque su Evangelio nace como un árbol de sangre cuya raíz, o genealogía de predestinación, va elaborando —a través de la tierra— el fruto de carne del Hijo del Hombre. Mateo comienza de esta manera: "Genealogía de Jesucristo hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró a Isaac. Isaac engendró a Jacob", etc.

Marcos, discípulo de Pedro, aparece bajo el signo de León. Porque el león es el que ruge en el desierto y su fortaleza el símbolo de quien nunca es vencido. Marcos abre su libro con la escena del bautismo de Cristo y en su primer estrofa aparece Juan, el precursor: "Esta es la voz del que clama en el desierto". Y luego predicaba: "En pos de mí viene uno que es más poderoso que yo". Era el Señor Jesucristo, león poderoso, quien ayunó cuarenta días en el desierto, donde "moraba entre fieras y los ángeles le servían".

Lucas —de quien dijimos que "era físico, pintor y escritor"— es anunciado bajo el extraño símbolo del toro. Fué Lucas, discípulo de Pablo, el único de los cuatro que recogió de los labios de María, los detalles maravillosos de la infancia de Cristo, de Aquel que ocupó el lugar del toro, porque los pastores lo hallaron "reclinado en un pesebre". Desde su nacimiento la más humilde de las Víctimas caminó sobre las huellas del misterioso animal profético, y así luego, a semejanza del noble bruto que en el Altar del Antiguo Testamento era sacrificado, Cristo fué llevado al matadero para su Nuevo Testamento.

Juan, el Apóstol, es comparado al Aguila, porque desde su primer aletazo se remonta a las inefables alturas: En el principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El estaba desde el principio en Dios.

Los cuatro símbolos pueden ser también poesía o vaticinio de la historia.

Porque la primera edad, la cristiandad primera, tiene para nosotros "el rostro del Hombre". El rostro del Hijo del Hombre. Fué el tiempo de la apasionada síntesis inicial del mundo cristiano. Se llamaron cristianos o cristos-hombres u hombres-cristos, porque eran hombres viviendo y muriendo a Cristo. Porque nunca se repitió Cristo en "el rostro del Hombre" como en el espejo vivo de sus apóstoles y mártires. Por eso dejaron en el libro sagrado una especie de quinto evangelio, que son los "Hechos de los Apóstoles" y una apasionante prolongación comunal de la pasión de la Cruz en sus martirios.

La segunda época, o segunda cristiandad, es la medioeval, que aparece en el tiempo —rugiendo en el desierto— bajo la figura del león. El mundo parecía haberse cerrado a Cristo y sólo la comarca de Occidente rugía en el desierto del universo, no sin demostrar sus garras alertas y rampantes en la reconquista del Sepulcro. Había algo poderoso en aquel rugido, porque, aunque no era aún la "Edad Entera", era sin embargo su anuncio, la "Edad Media" o edad bautista: el primer ensayo secular de vida cristiana o cristocéntrica.

Después de la gran disolución o disgregación, la tercera cristiandad parece anunciarse tras de las tinieblas, como toda aurora. La edad del toro, porque —bajo el signo de San Lucas— parece que otra vez debemos comenzar por la infancia y por la pobreza del pesebre. Rehacer la obra cristiana desde el comienzo, para lo cual el Espíritu Santo nos ha preparado con la anunciación de María, con la anunciación dogmática de sus maternales misterios. Y el ángel, o sea el Enviado —el Papa— ha llamado otra vez a los pastores, a los pobres, a los trabajadores para el re-nacimiento de la Cristiandad en el Pesebre.

Estamos bajo el Signo del Toro. En el matadero.

Bajo el Signo de San Lucas.

Mientras en el fondo de los siglos se cierne el águila del Apocalipsis, última edad, porque el Verbo está en el fin como estaba en el principio. Entonces volverá Cristo "con gran poder y majestad sobre las nubes del cielo". Por lo que dijo David, anunciando la resurrección: "Tu juventud se renovará, como la del águila, que cambia de plumaje".

"Cuaderno del Taller San Lucas" como otras revistas católicas, que se publican entre nosotros, es un venero de cultura, arte, ciencia, folklore y erudición del más alto valor, pero apenas conocido por la falta de recursos para la propaganda, base contemporánea del éxito. Y es lamentable que publicaciones insulsas y superficiales (dos veces caras) vayan a todas las manos por la recomendación verbal y escrita, fruto de la propaganda. Pero es más doloroso todavía que no se apoyen y propaguen espontáneamente, revistas católicas a las que niegan sus suscripción y su aporte los católicos mismos menospreciando así el valor de publicaciones cargadas de selecto material, moral e ilustrativo, para apoderarse nerviosamente de la revista social donde sólo se encuentran frivolidades rayanas muchas veces en lo antiestético y pornográfico. "Cuaderno del Taller San Lucas" es una revista evidentemente superior, pero a mil codos de altura, a otras cuyo enorme tiraje no justifica su evidente frivolidad, como sucede con algunos periódicos tendenciosos o pertenecientes a sectas protestantes. Y no olvidemos que casi todos los habitantes de Sudamérica son católicos los cuales a veces, ni siquiera conocen sus revistas aunque sepan de memoria cuanto chiste y tontería publican las elegantes revistas propagadas a toda corneta.

Cuando vemos en Nicaragua revistas como "Cuaderno del Taller San Lucas", magnífica promesa de Centro América, nos felicitamos de que en la proa del barco de América latina haya pilotos que ausculten con catalejos tan finos la realidad promisora de la catolicidad nicaragüence.

Vozes de Petrópolis

Esta revista católica de cultura, cuyo número correspondiente a mayo-junio, acaba de llegar a nuestra mesa de redacción, merece un comentario entusiasta por tratarse de una publicación magnífica y acreditada.

El interesante número que comentamos trata temas como los siguientes: "¿Se convirtió Bergson al cotilicismo? — Contenido psicológico de las obras de Beethoven — La estética de Alejandro de Haler — Imprenta y Acción Católica.

En la sección: "A través de las revistas" sintetiza con criterio seleccionador los principales artículos de las mismas. Toma, verbi gratia, de "El Momento" la nota que publicamos a continuación:

"Santos Dumont y *Selecciones*".

No sin razón se opone la prensa carioca, principalmente la periódica, a las facilidades otorgadas para la circulación de "Selecciones de Reader's Digest" en nuestro país. Son justos los motivos de queja de las revistas nacionales. Sin ninguno de los deberes y obligaciones que pesan sobre nuestras publicaciones; disponiendo de un capital astronómico que le permite el lujo del *dumping;* gozando de regalías que las nuestras no tienen, *Selecciones* tuvo desde el principio todos los factores para una victoria rápida y decisiva conquistada entre el público que lee. Es verdad que todas esas ventajas no justificarían la extraordinaria difusión del *magazine*, si éste no presentara material de lectuar original y variado. Más aún, hasta desle el aspecto político, *Selecciones* ha merecido del periodismo de Brasil las más severas restricciones. Acúsanla de tendenciosa, critican los puntos de vista de sus colaboradores, en lo que respecta a los puntos más importantes del momento; y llegan a descubrir —¡oh paradoja!— en las transcripciones de otras revistas y periódicos, materia pagada por el mismísimo sindicato que nos da "Selecciones". "El Momento" no podría formular éstas y otras muchas acusaciones si no tuviera un conocimiento profundo de las cosas y de la gravedad que revisten. Por otra parte, echamos de ver que en los Estados Unidos el periodismo ha llegado a un grado tal de independencia y autonomía que no nos asiste el derecho de sospechar ideas aviesas en los conceptos que se debaten en esa tribuna libre del pensamiento.

Mientras tanto, sin temor a errar, podemos hacer un reparo a "Selecciones": la insistencia de cierto anuncio taimado que todos los meses repite la misma mentira injuriosa a nuestras glorias nacionales. En la propaganda de las industrias Higgins, se habla de los hermanos Wright como inventores de la aviación, se señala el 17 de diciembre de 1903 como la fecha de la experiencia electrizante de "más pesado que el aire". Ahora todo el mundo civilizado sabe que, dos meses antes el 23 de octubre de 1903, Santos Dumont elevaba en los cielos de París su "14-bis". Experiencia pública a la que asistieron 50.000 personas, registrada por todos los diarios de la época. Francia, que era entonces la cabeza del mundo, testimonió el hecho, consagrando a nuestro gran compatriota y velando por su gloria naciente como velaría por la de un hijo suyo ilustre. El mundo entero reconoce y proclama esa verdad histórica, "Selecciones" persiste en su grosero error. Y lo que es peor, repite sus falsas afirmaciones en nuestro idioma de manera que se informen de ellas miles de brasileños, falsedades que sólo pueden agradar en otro clima y que en el nuestro resultan vanas y ridículas..." ("El Momento", 31-I-1944).

¿Quien educa?

LA educación es la cuestión de las cuestiones. Concentra en sí la cuestión religiosa y, por ende, el amargo interrogante sobre la subsistencia de la civilización que reposa sobre ella. La solución es ésta: si la Iglesia es dependiente, la enseñanza esclava; si la Iglesia independiente, la enseñanza libre. Los grados de libertad en la enseñanza se miden por los de independencia de la Iglesia.

Educación no la habrá verdadera si no va unida al fin último del hombre. Es por ello que no la habrá completa y perfecta si no es cristiana. Y no sólo para los individuos sino también para las familias y toda la sociedad, ya que la perfección de ésta no puede menos de resultar de la perfección de los elementos que la componen.

Al educar se trata en último término de asegurar a las almas de los educandos la consecución del Bien Sumo, Dios, y el máximo bienestar posible en esta tierra a la sociedad. Dios y el hombre realizan la obra y de ninguno se puede prescindir.

¿Quién educa? Veamos primero en qué sociedades vive el hombre. Estas son dos de orden natural: familia y sociedad civil, y una de orden sobrenatural: la Iglesia.

La familia tiene por derecho natural un fin propio, inalienable, que le confiere prioridad sobre la sociedad civil: procrear y educar la prole. Pero imperfecta por carecer de los medios necesarios para cumplir íntegramente su fin, es ayudada por la sociedad civil, sociedad perfecta para el cumplimiento de su fin propio, el bien común. y que en orden a él tiene preeminencia sobre la familia, hallando ésta su perfección temporal en aquélla.

Existe una tercera sociedad a la que nace el hombre por el Bautismo; sociedad perfecta por contener todo medio necesario a su fin —que es la salvación eterna de los hombres—, es suprema en su orden. A ella pertenece en modo supereminente la educación, en dos títulos de orden sobrenatural por el mismo Dios concedidos: el magisterio supremo iluminando la inteligencia humana, y la maternidad sobrenatural por la que engendra, alimenta y educa las almas en la vida divina de la Gracia, fortaleciendo la voluntad humana. He aquí un trabajo íntegro sobre la inteligencia y la voluntad, ambas moldearán el temperamento en sus ímpetus sensitivos-afectivos para formar el carácter. He allí al hombre educado: la Verdad en su inteligencia, la virtud en su corazón. Se dan aquí los elementos propios de la formación, que consiste en poder distinguir lo secundario de lo principal. El carácter supondría precisamente la fuerza para organizar nuestra vida en relación a esta distinción jerárquica.

Es evidente que la Iglesia es independiente de cualquier potestad terrena, tanto en el origen como en el ejercicio de su misión educativa. Y no sólo respecto a su objeto propio, sino también con relación a los medios necesarios y convenientes para cumplirla. Toda enseñanza, como toda acción humana, tiene necesaria conexión de dependencia del fin último del hombre, por lo que no puede sustraerse a las normas de la ley divina, de la cual es custodia, intérprete y maestra infalible la Iglesia.

La Iglesia no dice que la moral pertenece exclusivamente a ella, sino que pertenece a ella totalmente. No que fuera de ella resulte imposible conocer alguna verdad, sino que ella sola posee, originaria e inadmisiblemente, la verdad moral toda entera (omnem veritatem), en la cual toda verdad moral particular queda comprendida.

Puede la Iglesia con pleno derecho emprender obras en todo género de cultura. Más que ello todavía, es indispensable deber suyo vigilar sobre la educación de sus hijos en cualquier institución, pública o privada, no sólo en lo referente a la enseñanza religiosa allí impartida, sino también en toda otra disciplina y disposición en cuanto se refiera a religión y moral. No es esto indebida ingerencia, sino preciosa providencia maternal de la Iglesia para con sus hijos y para bien de la familia y la sociedad civil.

Esta misión educativa de la Iglesia se extiende a todas las gentes, según el mandato de Cristo; y no hay potestad terrena que pueda legítimamente disputar o im-

pedir su derecho. Más aún, esta misión educativa se extiende a los no fieles, por ser todos los hombres llamados a salvarse eternamente.

Una palabra rige las relaciones de la familia, el Estado y aún los derechos individuales a una justa libertad de la ciencia, de los métodos científicos y toda cultura profana en general, con la Iglesia: armonía. Imposible oponer la obra de Dios creador —la naturaleza humana— a la obra de Dios legislador y revelador. "Perfectas son las obras de Dios, y rectos todos sus caminos", dice el Señor (Deut. XXXII, 4).

A la familia comunica Dios en el orden natural la fecundidad, principio de vida y de educación para ella; y la autoridad, principio de orden. Por eso tiene misión dada inmediatamente por Dios para educar a la prole: estricta obligación, derecho inalienable, anterior a cualquiera de la sociedad civil y Estado. Aunque no despótico, pues se halla indispensablemente subordinado al fin último y a la ley natural y divina. Y ese deber educativo de la familia comprende no sólo la educación religiosa y moral, sino también la física y civil. Este derecho debe ser reconocido por la ley y jurisprudencia civil y es amparado celosamente por la Iglesia.

Conclusión: educar corresponde ante todo y sobre todo, en primer lugar a la Iglesia y a la familia por derecho natural y divino, y por tanto de manera inderogable, ineluctable. Pues no de otra manera debe la educación cristiana cooperar con la Gracia al fin de la verdadera educación: formar a Cristo en nosotros.

Hemos sido hechos a imagen y semejanza de Dios. De El venimos y a El vamos. Realizar al ser del hombre en su verdadera esencia equivale a modelarlo en el patrón divino. Es el único que le viene a medida exacta.

Funciones del Estado en orden al bien común y temporal, que es su fin propio, son: ni absorber ni suplantar; sino respetar el derecho de la Iglesia, proteger legalmente el derecho familiar y excepcionalmente suplirlo con medios idóneos, y principalmente promover de muchas maneras la misma educación e instrucción de la juventud, favoreciendo sobre todo la acción de la Iglesia y de la familia, y completándola si no fuera suficiente.

Proteger decíamos. Ello equivale a remover todo obstáculo —y de la calle al hogar hay muchos— que se oponga a ese derecho que asiste al niño: ser educado.

Además puede el Estado exigir y procurar que todo ciudadano tenga el conocimiento necesario de sus deberes civiles y nacionales, y cierto grado de cultura intelectual, moral y física que el bien común, atendidas las condiciones de nuestros tiempos, verdaderamente exija, respetando siempre los derechos nativos de la Iglesia y la familia a la educación cristiana, y observando además la *justicia distributiva*. Por lo que es *injusto* e *ilícito* todo monopolio educativo o escolar *que obligue física o moralmente a las familias a acudir a las escuelas del Estado contra los deberes de la conciencia cristiana o aún contra sus legítimas preferencias*. Esta frase transcripta de la Encíclica "Divini Illius Magistri" expone el pensamiento de Pío XI, de santa memoria, y tiene eco en el tiempo en los errores 45 y 47 que el *Syllabus* condena.

Preparando para cargos que exigen especial aptitud y trabajo puede el Estado reservarse la institución y dirección de escuelas preparatorias a ello, señaladamente para la milicia, aunque cuidando no violar el derecho de la Iglesia y la familia en lo que a ello concierne.

Para toda edad y condición concierne al Estado la educación que puede llamarse cívica, conformándose con las normas de la rectitud y no contradiciendo por lo tanto la doctrina de la Iglesia divinamente constituída Maestra de dichas normas.

La educación de la juventud pertenece a la Iglesia y al Estado, "aunque de diversa manera". Debe pues reinar entre las dos potestades una ordenada armonía. Y nada ha de temer de ello el Estado ni tampoco la ciencia, el método científico ni la investigación científica. No se ignoran ni desprecian las ventajas que de las artes y disciplinas humanas se siguen para la humanidad, pues así como vienen de Dios, Señor de las ciencias, rectamente tratadas conducen a Dios con la ayuda de su gracia. Esta norma de la justa libertad científica es, a la vez, norma inviolable de la justa libertad didáctica o libertad de enseñanza rectamente entendida; y debe ser observada en cualquier manifestación doctrinal y con obligación mucho más grave de justicia en

la enseñanza impartida a la juventud, ya porque respecto a ésta ningún maestro público o privado tiene derecho educativo absoluto sino participado; ya porque todo niño o joven cristiano tiene estricto derecho a una enseñanza conforme a la doctrina de la Iglesia, columna y fundamento de la Verdad. Causaría grave injusticia quienquiera que turbase su fe abusando de la confianza de los jóvenes para con los maestros y de su natural inexperiencia y desordenada inclinación a una libertad absoluta, ilusoria y falsa. La escuela, aún considerada en sus orígenes históricos, es por su naturaleza institución subsidiaria y complementaria de la Familia y de la Iglesia. Luego, por lógica necesidad moral debe armonizar positivamente con ellas.

Al procurar escuela católica para sus hijos los católicos de cualquier nación no realizan obra política de partido, sino obra religiosa indispensable a su conciencia, educándolos también para una mayor prosperidad nacional en todo sentido.

No se diga que es imposible al Estado en una nación dividida en varias creencias proveer a la instrucción pública sino con la escuela neutra y mixta, pudiendo y debiendo el Estado más fácil y racionalmente proveer al caso dejando libre y favoreciendo con justos subsidios pecuniarios conforme a justicia distributiva, la iniciativa y la obra de la Iglesia y de las familias. Donde no exista esta libertad elemental los católicos nunca harán esfuerzo suficiente para obtener esto que una gravísima obligación de conciencia requiere: "conseguir la educación católica para toda la juventud católica, en las escuelas católicas". Lo cual, aunque no sea subvencionado por el erario público conforme a justicia distributiva, no puede ser impedido por la potestad civil que tiene conciencia de los derechos de la famlia y de las condiciones indispensables de la libertad legítima. Sin conceder derechos al error es como Pío XI, de s. m., propone este sistema expuesto.

Mas las buenas escuelas son fruto, no tanto de las buenas ordenaciones cuanto principalmente de los buenos maestros. Es por ello que la Iglesia no descuida el derecho y el deber que le incumbe en la formación de aquellos que trabajarán con celo, desinterés y constancia en el "arte de las artes y ciencia de las ciencias".

Problema capital es evitar que los carentes de vocación ejerzan tan noble y delicado oficio de educar al joven "blando como cera para doblegarse al vicio". Tampoco ha de descuidarse el mundo en que vivimos, pero al cual no debemos pertenecer con sus innumerables peligros. Todo en esta vida contribuye a educar, como puede contribuir a la destrucción. Ha de aplicarse también a este aspecto de la educación lo dicho con respecto a las relaciones de la Iglesia, el Estado y la Familia. Uno es el sujeto de la educación, y no se le puede despedazar para educar cada una de estas tres sociedades algún despojo. Uno dijimos: todo el hombre, caído y redimido.

Luis María Seligmann



"DESCONTENTO CREADO". Por Romualdo Brughetti - Editorial Losada.

La búsqueda del ser *como problema proyectado sobre la realidad nacional preocupa, bajo distintos aspectos, a hombres de la anterior y de la actual generación. Es una preocupación integral, un desear ferviente que la Argentina, como pueblo y como nacionalidad, tenga una esencia y un modo existencial auténticos.*

Ya muchos trataron el tema con la pericia de quienes han sentido y recogido a su alrededor esa impresión de vacío nacional, esa ausencia de una Argentina que sea estrictamente ella y que sepa como realizarse. Pero hoy, un escritor joven, a quien consideramos nuestro hermano mayor en estas inquietudes, nos trae al par que el análisis una sugestión de soluciones. Romualdo Brughetti, en su libro Descontento Creador *y que subtitula* Afirmación de una conciencia argentina, *nos revela con estilo maestro en vigorosos ensayos, la inquietud de una generación intelectual, nos dice de la suya propia y de cómo seremos argentinos.*

En todo momento se plantea el problema como una crisis entre el hombre y su verdadero fin, "problema de la humana criatura frente a la vida y frente a Dios". En el primer capítulo analiza, a modo de revisión, los términos de la cuestión en Europa y las soluciones allí surgidas; en América que, en su conjunto, carece de ellas y luego en la Argentina.

Habla de la necesidad de una época de héroes, mártires y santos y de éstos como creadores, trágicos, frente a lo intelectual, retórico, frío, especulativo. Ellos serán los que pondrán fin a la angustia, los que con sus vidas darán la vida.

Luego de algunas consideraciones sobre la realidad americana, la posición del escritor frente a ella y la necesidad de superar el hecho —carente de calor vital en sí— de escribir un libro o un poema, entra Brughetti en el estudio de nuestra inquietud de argentinos que desean sentirse tales y ver la Patria —palabra muy usada pero no tan comprendida— con un sentir y un vivir genuinos de la tierra.

Este drama de lo nacional fué objeto de atención por parte de la generación anterior, inmediata a la nuestra, y sus juicios, respuestas y conversaciones recoge hoy Braghetti, para ofrecérnoslos al par que expresa su posición y sugiere la senda. Escritores, músicos, poetas, hombres de ciencia, a todos preguntó sobre el descontento argentino *y al coincidir todos en él podría pensarse que saben ya de una solución. Y no es así.*

Cierra el libro un capítulo sobre El destino de una joven generación, *la nuestra, la más joven generación. A ella le toca el actuar trascendental. Ser esos hombres que "con su integral sentimiento cristiano de servicio y sacrificio" sepan luchar, grupos de jóvenes que "destruyendo, construyen", que marchen "con los ojos cerrados por fuera, abiertos por dentro".*

Se destaca un mérito grande en Brughetti. A través de sus páginas sabemos de su relación con la generación de C. A. Erro, Martinez Estrada, Borges, pero no hay una identificación con ellos, no sufre su total influencia Hay en Brughetti una continua presencia del problema, pero con una clarísima solución en Cristo, como un retorno a la esencia de vivir que quebró la disolución de la República Católica Medieval.

El lector concluye la obra con la serenidad de quien supo de oscuridad y le fueron mostradas todas las formas que ella ocultaba. Hay rayos de luz, de fuerte y clara luz en este libro.

Su lectura es necesaria principalmente a los hombres de la generación que surge entre 1936 *y* 1940 *y que hoy se reunen en distintos grupos para estudiar el problema argentino, enfocándolo en todos sus aspectos. Será ello como una primera visión panorámica de lo hasta hoy pensado y es lectura grata para quienes —como nosotros— desean ver el pensamiento fundamentado en la* Verdad, *el arte enraizado en la* Vida *y en la vida y la acción en marcha por el* Camino.

Héctor I. Jasminoy

"SAN ALBERTO MAGNO". Por Alberto Garreau. Editorial Desclée de Brouwer, Bs. Aires.

Hablar de Alberto Magno, es hablar de toda una vida consagrada al estudio, de una obra realmente ciclópea, aún teniendo en cuenta que el poder de trabajo de los hombres del siglo XIII es extraordinario. "Tenéis espaldas de gigantes, le decía, aún siendo pequeño de estatura, el maestro general de los Predicadores, Humberto de Romanos. Para probar esto basta tan sólo, con mencionar dos hechos: Resolvió el difícil problema de la transferencia de la ciencia antigua a la sociedad cristiana y el de haber sido maestro del otro gigante de la Edad Media: Santo Tomás de Aquino.

La vida de San Alberto Magno, pese a las dificultades propia de la época en que transcurrió, está descripta en forma clara. Muy bien documentada por M. Albert Garreau, gracias a sus profundos conocimientos y a una copiosa bibliografía.

El P. Mandonnet, de la Orden de los Predicadores, ha escrito la autorizada introducción a la obra. Esta aparece prolijamente editada en buen papel y tipo agradable que fa-

cilita la lectura de por sí grata. La Orden de los Predicadores, que ha dado tantos triunfos a la causa de la Iglesia y de quienes ha declarado el papa Honorio III "Serán los campeones de la Fe y las verdaderas lumbreras del mundo", ocupa un lugar destacado en el desarrollo de la obra. San Alberto Magno, perteneciente a dicha Orden, no limitó sus estudios a las ciencias sagradas, sino que abarcó, gracias a su talento y dedicación, las ciencias naturales en donde llama la atención su sentido de observación tan desarrollado.

En el siglo XIII hace crisis el trabajo de asimilación de la ciencia y saber antiguo a que la Edad Media se había consagrado. Los neoplatónicos, productos sólo de una gran teología pagana, en particular la Escuela de Chartres, fueron tan lejos, que parecía que desbordasen en un panteísmo si no de pensamiento, por lo menos de palabras. Los teólogos reaccionaron ante este hecho, condenando toda filosofía o al menos tomando una actitud expectante que era la de San Bernardo y de la Santa Sede. Pero un nuevo hecho vino a agudizar más el problema: la revelación de los tratados de Aristóteles acompañados de comentarios árabes o judíos, ya que el uso de la lengua griega había desaparecido casi totalmente. Surgen así las figuras de Avicena y Averroes entre los árabes. Y entre los judíos, discípulos de los árabes se destacó Moisés Maimónides. La universidad de París, a la sazón, centro de estudios predilecto en esa época, se sintió convulsionada por la aparición de las teorías peripatéticas, ante lo cual la autoridad eclesiástica toma una medida provisoria pero radical: prohibe la "lectura" de Aristóteles, es decir la enseñanza en lecciones públicas y privadas, nunca, sin embargo, la lectura individual. Nada se soluciona con esto. La Orden de los Predicadores interviene entonces con Alberto, salvando al Cristianismo, que joven aún, con una metafísica incompleta, estaba amenazado de ser asimilado por la ciencia antigua pagana. Aparece la verdadera solución. Se publica el comentario a la Física, en cuyas primeras páginas aparece modesta pero claramente el objeto y método seguido por Alberto Magno. "El tratar de la ciencia natural, es satisfacer, según nuestras fuerzas, a los religiosos de nuestra Orden, que nos ruegan desde hace muchos años, que les escribamos un libro sobre la Naturaleza... y que les sirva de llave para entender las obras de Aristóteles... En cuanto al método adoptado por nosotros consiste en seguir lo ordenado y las vías de Aristóteles y en decir lo necesario para su intepretación, sin empero, hacer mención alguna del texto"...

Concebida en tal forma por Alberto la obra, la completa y la ordena en base a las clasificaciones aristotélicas, sin dejar de agregar aquello que su experiencia personal le permitía sin hacer ostentación. Fué sin duda un muy fiel intérprete de Aristóteles para la sociedad cristiana.

Nunca aparece como innovador fogozo, respeta lo que va a modificar o completar. Declara que no se puede llegar a ser filósofo sino por Aristóteles y Platón a la vez.

En lo referente a la enseñanza, la actuación del bienaventurado Alberto, es realmente extraordinaria. Enseñó entre otras ciudades en París y Colonia, centro de gravedad de la Orden en la Provincia de Alemania. Profesor de Teología, hizo llegar hasta sus discípulos los beneficios de sus valiosos trabajos. Esta etapa de la vida del Santo, por cierto prolongada, ocupa buena parte de la obra de M. Garreau, de la que se obtiene claro concepto de la marcha científica en la Edad Media.

El discípulo más destacado de Alberto, ha sido sin duda el Santo Doctor Tomás de Aquino, que también perteneció a la Orden de los Predicadores. Conocidos entrambos en la Universidad de París, donde ingresó Tomás a los 20 años, nace una mutua admiración. En una anécdota, (pág. 72), se prueba esto. Santo Tomás por su dedicación al estudio no dirigía la palabra a alma viviente, ganándose así el apodo de "buey silencioso". Observaba, en una visita realizada a Colonia, el Obispo Alberto un catálogo realizado con gran arte y al requerir sobre quién ocupaba esa celda, le respondieron "el buey silencioso" a lo que contestó Alberto "Hablará un día tan alto que toda la Cristiandad será enseñada por él".

La obra dejada por el santo, es no sólo completa sino ordenada y con absoluta hilación. Su influencia es sin duda, la de mayores proyecciones del Medioevo.

El libro de M. Garreau es un buen instrumento, agradable y seguro para profundizar en el estudio de la Edad Media, consta de 222 páginas divididas en 12 capítulos, traducida del francés a buen castellano, por José Luis de Izquierdo.

Pedro E. Scoltore G.

"TRATADO DE POESIA". Ediciones Feria, 429 págs., 1944, Buenos Aires. (La mejor comedia del milenio. Fija al Premio Nóbel — $ 10, o bien gratis).

Hace tiempo que me muero de ganas de escribir un Tratado de Poesía. *Y ¡zas! ahora me fastidiaron. Me ganaron de mano. Aquí me llega flamante, encuadernado en verde tela inglesa un suculento* Tratado de poesía. *¡Manes de Boileau, de Hégel, de Horacio y de Aristóteles, haceos presentes que el parto es bravo!*

No me pregunten el nombre del autor. No cometeré la enormidad de aguarles la fiesta. ¡Albricias! El nombre tiene su encanto propio y no seré tan indiscreto que anticipe el desenlace del cuento. En el fondo este Tratado de poesía, *repartido por Ediciones Feria a cambio de la bicoca de diez pesos (¡Manes de Bemberg, de Creso y de Bunge y Borns haceos presentes que es esto una ungulada, o uñarada bárbara!) es más bien* Tratado del poeta...



Jarabe
"Merck"
Merck
Jarabe
"Merck"
EXPECTORANTE
DE EFICACIA
RECONOCIDA

(aquí el nombre del autor). Porque leyendo estas páginas sabe Usted qué es un poeta, cómo vive, cómo labra sus creaciones o concreciones, cómo ama a su mujer, cómo la cuida en enfermando la pobre, cómo está el poeta de salud, y de amigos, cómo entra en brama o en ensoñación poética o poetorraica, etc.

Vamos, que no es este libro, a decir verdad, Tratado de poesía *sino autobiografía, pero* novelada. *Sí; trátase de una novela con el autor de protagonista. Pero tampoco es una novela así seria, como suelen ser las otras novelas autobiográficas que conocemos, sino que ésta es la payasada más graciosa del siglo. Vamos, que es una cachada especie única. Y se engaña Usted si cree que se trata de una cachada como las demás, en las que el autor se divierte a su costa. Vamos, que en ésta lo rico es que Usted se divierte a costa del autor, y la goza debalde:* 1. *Porque —contra lo que se podría deducir de lo dicho hasta aquí— el libro se da gratis, como los* Sermones laicos *de Josué Quesada, que desde hace medio año los viene ofreciendo sin reembolso radio Excelsior.* 2. *Porque el autor, contándole a Usted cada cosa propia de reventar de risa, lo tienta a que lo tenga por insano, por orate de remate, por paranoico sin remedio posible. Y ¡paff! ahí cayó Usted de bruces, ahí se tiró la plancha y se la pegaron. El autor es listísimo, hombre de una viveza y de una originalidad aún no registrada, insuperada e insuperable.*

Yo entiendo así este libro. Ustedes piensen lo que les venga en gana. Obra talentosísima. Con profundo sentido esotérico e irrisorio. Trabajo de emoción, ironía, jocundidad, hilarantería, malicia, inteligencia, y más que todo originalidad.

¡Y la seriedad de dómine cabra y el atuendo de citas eruditísimas y la gracia, ¡vieran Ustedes!, con que el tío va filtrando su vida entera salpicada acá y allá entre hondas psicologías y estéticas y filosofías del arte! ¡Y la sal con que trae a cuento sus propios poemas como sabrosísima crema de cachada!

Pocas, poquísimas personas en Buenos Aires penetrarán el humorismo de este libro. Yo —lo confieso— anhelaba escribir un libro así, con ese aparato de seriedad conservado de cabo a rabo a través de toda la obra, en el que me sacara el gusto de reírme de los sabios y de los pedantes con tan formidable matute, con tan rico gato por liebre nadando en pebre de erudición psicológica, estética, literaria.

¡Y cómo me tiraría de risa ante los tontos que me tomaran en serio! Pero se necesita arte para una obra así. ¡Si se necesita, per Bacco! En mil años no se ha escrito cosa más salada que ésta. Yo lo creo un monumento sólo comparable con Don Quijote, o con cualquier otro de los más grandes locos que en el mundo han sido. Sí, repito, la etopeya del personaje central, del poeta ultramoderno protagonista, constituye una creación novelesca no menos valiosa que la de nuestro señor Don Quijote. Y, a mi entender, el refinado arte está precisamente en insertarse el autor al cuento, a la fábula como primer actor.

Al manchego le ha salido acá, en la Argentina, otro hidalgo que no le va a la zaga, tan ingenioso como aquél, pero mucho más perdido de sesos, muchísimo más volado. Buenos Aires no se ha dado cuenta que tiene en su vientre virginal uno de los engendros más graciosos de toda la literatura. Y —¡oh vida injusta!— como siempre su autor es un personaje oscuro, y tan oscuro.

Este libro será discutidísimo. Los psiquiatras pretenderán que se trata de un documento clínico de primera agua y caso riquísimo en enseñanzas, y, solo Dios sabe en qué mesa de análisis de neuromanías o de paranoiquías pretenderán se autopsie al interfecto hidalgo. Los estetas las tomarán a las tremendas, y serán capaces de discutir en serio algunas de las teorías que fueron secándole los sesos al venturoso protagonista. Yo, en tanto, erre que te erre en que está acuñada acá la broma más jocunda que se inventó en estas tierras desde que éramos Las Indias, y que el autor ha asestado un golpe definitivo a la poesía sin pie ni cabeza, galimática y falsa.

A los pocos renglones del Prólogo previene con chispa y sorna única que su libro gestiona la revolución más trascendente que se haya declarado en la ciencia de la poesía. Luego, con deliciosa seriedad, va preparando admirablemente la broma, es decir, la aparición del ingenioso hidalgo. Porque, y no me canso de decirlo, cuanto el libro expone con aparato de citas eruditas de estetas y filólogos y científicos y sabios y con seriedad de preceptista es puro pretexto para ir presentando por todas sus caras, lados, flancos y aristas al primer actor, ejemplo vivo de todo canon y flor de la andante caballería poética; a quien por sólo verlo, oírlo y reírlo devora uno las cuatrocientas y más páginas de un solo resuello. El relato inflama de verdad y apasiona.

Como decía, comienza la narración con seriedad doctoral, dando recetas y más recetas literarias y filosóficas. Y, al pronto, helo ahí, ya está él, el jocundo y sinigual protagonista exhibiéndose en trance de parición poética. El cuadro es dantesco. Vése al cuitado kenocéfalo rodeado por los cuatro costados por una suerte de paredes que poco a poco se le van cerrando hasta interfectarlo, con la angustia, falta de oxígeno y desesperación imaginables. Emparedado comienza a sentir que se le agita el pulso, se le hincha el corazón e irregularizan las pulsadas, como no es para menos. Llamaradas de fuego azótanle la cara y queda al cabo sumido en deplorable estado de catalepsia. Y así las pasa mientras dura el trance o la puesta de versos, operación delicadísima, congojosísima y un si es no es oprobiosa, no menos que el alumbramiento de unos quintillizos (págs. 21-22).

No creo se haya descripto jamás con tan estupenda chocarronería la insanía del acto encubatorio de versos. ¡Qué deliciosa ironía, qué

trazos, qué estupenda garra de narrador humorista cuando describe la vela de armas, las ocho noches arreo que el hidalgo pasa sin pegar ojo, con el termómetro reventando de fiebre, la bolsa de hielo en la sesera, las purgas y los somníferos en el cuerpo, la implacable dieta, las febricencias, el delirio, el trance epiléptico y el rabioso ataque de hidropesía que le fuerza a ingerir de un trago hasta seis litros de agua para segregar luego unos mil versos de una sola drenada! (*págs.* 36-40).

Y esotra aventura qué delicia, cuando empinado sobre las cuartillas, sudando tinta negra como un calamar, escalofriado, cerrado con llave, corridas las ventanas, obscurecido a medio día deshila versos y más versos, durante horas y horas, repitiendo hasta treinta veces, como un disco herido, la misma frase (*págs.* 64...). *—Y ¿a qué velocidad? —Pues a unas trescientas palabras por minuto* (*página* 70).

Renuncio a seguir una por una en todas sus aventuras al ingenioso hidalgo. Y remato de un repente, exabrupto, esta nota, asegurando que si España engendró un quijano ultimador de la andante caballería, América parió un hidalgo que va a provocar la más tremenda revolución en la andante poesía ultrasuperhodierna. Era ya hora de acabar con tanto poema y poeta bruto, y tanto y tanto verso atontado, cosa de locos, de atolondrados, de extravagantes, de presumidos. Pues, ya les dieron en el coco. Ya les salió, Don Quijote. Veremos si alzan cabeza por siempre jamás, ¡qué diantre!, ¡so locos! Y vaya si se lo han merecido.

La muerte de un gran poeta (*léese en pág.* 287 *de este libro de aventuras y carcajadas*) *trae un temblor de todo el orbe terráqueo. Cuando murió Milosz* (3, *III*, 1939) *terremotos espantosos desvastaron Chile y otras comarcas. El sismo sanjuanino y la convulsión europea entera, todo lo tremenda y brutal que va, nos dejan inferir, con sacro presagio monitorio, que a nuestro señor el Quijote de América, e hidalgo poeta, también le está llegando su hora, y que la madre tierra se abre a sus pies llamándole al vasto vientre nivelador. Total, no se pierde nada, que después de escrito este libro demás está la vida, pues dió de sí el genio ya cuanto de sí pudo dar.*

Roguemos con fervor a Dios que dé El, a su vez, al tilingo de ogaño la postrimera cordura que concedió al tilingo de antaño, para que egregiamente pueda decirse de él lo que del hombre dijo Cide Hamete (*h.*) *en epitafio:*

"El hombre nace en lágrimas y c...
crece en fajines, sarampión y moco,
la nodriza lo asusta con el coco
y el maestro le surra la casaca.

De la vida entra luego en la alharaca,
de talento munido mucho o poco
y zafio o sabio haciendo un poco el loco
el dolor lo machuca y lo machaca.

Se enamorisca de una mujeruca
busca un puesto aunque sea de babieca
y hace, empleado nacional vinchuca:

hijos, cuentas, macanas y manteca,
hasta que la vejez que lo acurruca
introduce a la parca que lo seca.

Y bailando esta cueca
y esta noria barroca
se pica el paco y peca.

¡Oh Dios, que al fin de su carrera loca
al menos asga el hilo de tu rueca
y oiga y entienda el eco de tu boca!"

(*De* El nuevo gobierno de Sancho, *de inminente aparición, Obra aumentada y corregida por el Autor, que presentarán* Ediciones Penca).

Jacob Popenka Zeithlin
(*Kaisar Jronos*)



Teatros - Conciertos - Cinematógrafos

por JULIO ALBERTO SCANAVINO

Una inveterada costumbre de nuestro público es la llegada a la sala cuando ya se inició la función, molestando en cierto modo a los que, cumpliendo fielmente con el horario fijado, acuden a la sala de espectáculo. Esto se repite todas las noches para mal de lo que debe ser un respeto para el espectador, que cumple con normas impuestas; con el artista, que se ve impedido muchas veces de actuar en la forma que lo haría, y también, para el acomodador que se ve en apuros ante el avance presuroso de los que quieren ganar el primer turno para ser atendidos. Sería bueno que las direcciones de los teatros tomaran medidas al respecto, o por lo menos, paliar en lo posible, esta enfermedad de nuestro público, ageno siempre a cumplir con las normas prescriptas para beneficio de todos.

●

÷ *Recordar a Camila Quiroga es evocar un momento, tal vez el más rico en antecedentes de nuestro teatro nacional, donde la inspirada actriz, por el dominio de su arte, sus condiciones psicológicas, y también por su amor al público que la aplaudía delirantemente, constituían un triunfo de la cultura de nuestro Buenos Aires, de hace poco tiempo olvidada. Porque en pocos años el espíritu público ha cambiado un tanto. El habitué de ayer iba al teatro para ver triunfar todas las noches a sus ídolos predilectos. Había afección, amor hacia el artista, desprendimiento completo por esos sentimientos que se volcaban hacia el que representaba ante un escenario y que era también como un acicate de arte que movía duplicarse en sus representaciones. Entre aquéllos Camila Quiroga constituye un miembro destacado de aquella brillante familia teatral que al ocupar hoy un escenario, hará reeditar esas horas amables, esas horas de arte en que la actriz se daba toda ella al público para ofrecer un exacto pensamiento, o llegar al paroxismo de la pasión o el odio, levantando sus exactas representaciones la exclamación del gran público que siempre le fuera adicto. Después de tres años de ausencia reaparecerá en el Teatro "Presidente Alvear", durante el mes de agosto. Fué la primera intérprete dramática argentina que hizo pasear triunfante por el extranjero nuestro teatro, alcanzando éxitos que nos conmueven.*

Camila Quiroga trabajó hasta el año 1941, en el Argentino. Su reaparición viene a darle al teatro nacional esa jerarquía de que gozaba en años anteriores y un estímulo para los que han de seguir su escuela, siempre orientada hacia la perfección.

●

÷ La muerte de don Joaquín Alvarez Quintero, este ilustre escritor, hermano de Serafín, cuyo binomio ha quedado consagrado como una firma augusta, estampada en bronce, acaba de sorprendernos con la muerte del que le sobrevivió durante cerca de ocho años, para deleite de los que abrevaron en sus páginas todas las sutilezas y el espíritu del teatro de los Quintero. Constituían una identificación total de talento, de sensibilidad, de acción, de pensamiento. Joaquín continuó luchando en esa gran desgracia que lo aislaba de su gran compañero de todas las horas, pero no por ello se dejó intimidar. Cumplió hasta el fin de sus días con la ilusión de ver en espíritu a su hermano en todos los escritos que publicara. La obra de los hermanos Quintero es el reflejo de las costumbres y psicología de los tipos y pueblos. Su primera obra, estrenada en 1900 fué "Los Galeotes". Vinieron después muchas, desbordantes de gracia andaluza, donde el alma natal expresábase en una forma sutil y agradable. Otros títulos recuerdan sus éxitos de sus resonantes triunfos como "El Genio Alegre", "Amor que pasa", "Las Flores", "Malvaloca", "Cancionera" y "Cristalina". Al apagarse la vida de este escritor inspirado, se cierra un ciclo brillante del teatro español, donde el fuego de la vida agotó incesante ante la magnitud de la labor de estos dos hermanos que lucharon denodadamente para el triunfo de un gran ideal.

●

TEATRO COLON

La "Bohéme", de Puccini

El segundo espectáculo correspondiente al gran abono se realizó con la representación de esta popular ópera del autor de "Tosca", y a pesar de ser tan conocida, su interpretación adquiere cada vez más esa espectativa que suscita cuando surgen astros de primer magnitud, y contribuyen con su aporte a engrandecerla y afianzarse. Si así puede decirse en el ánimo de aquellos que ven en las óperas de alta categoría una expresión acabada del arte. Así es que, en los respectivos papeles vivimos como la misión de Isabel Marengo, aplaudida en varias oportunidades reeditó nuevamente sus triunfos anteriores. Igualmente Amanda Cetera nos brindó una Mussetta que convenció por la seriedad y la inteligencia puesta en el papel correspondiente. El tenor chileno Carlos Merino, que estuvo a la altura de sus antecedentes como el barítono español Pablo Vidal fueron aplaudidos, por sus medios vocales y la expresión y dominio alcanzados.

Todos los participantes de la "Bohéme" recibieron la cálida y efusiva expresión de adhe-

sión del público que celebró como magnífica una de las brillantes representaciones dadas en nuestro primer coliseo.

●

El "Tríptico" de Puccini

En 1919 se estrenó en el Teatro Colón el "Tríptico", que obtuvo un nuevo éxito en el tercer abono de nuestro gran coliseo. Integran esta obra "Il tabarro", "Suor Angélica" y "Gianni Schichi". De las tres, la última ha obtenido siempre la preferencia del público, y figura con frecuencia en el repertorio de los teatros líricos. El tiempo ha confirmado la pureza lírica de su autor al llevar al pináculo esta obra cumbre, que sorprende por los matices y la gama de expresión de que está revestida.

En el "Il Tabarro", Isabel Marengo en la parte de Gurgetta, acertó con el espíritu del personaje. Michele, muy ajustado, lo mismo Antonio Vela, Juan Zanín, Consuelo Ramos, Alvaro Baudini, etc.

En "Suor Angélica", resplandeció por su figura tan expresiva y sugestiva, Sara Menkes.

Estuvieron bien Lydia Kindermann, Ema Brizzio, Olga Chelavino, María de Benecditis.

En "Gianni Schicchi" tuvimos como principal intérprete a Víctor Damiani. Todos sus integrantes estuvieron muy acertados en sus respectivos papeles.

Panizza dirigió el espectáculo con la seguridad y la experiencia adquirida en el estudio de las obras de Puccini, del cual es uno de los más brillantes intérpretes.

El público aplaudió a los artistas, así como también a Horacio Butler por la combinación de los decorados que realzaron la reposición.

La interpretación llevada a cabo colmó las exigencias del público que vió satisfechas sus ansiedades. Sobresalieron por su corrección Renée Mazella Balestas, artista francesa que ha actuado en la Opera Cómica de París y últimamente en Río de Janeiro, de donde llegó a ésta. Hay que destacar también la labor de Felipe Romito, Horacio Alisedo, Renato Césari, Roberto Maggiolo, Carlos Degano, Carlos Feller. El Coro, preparado por Terragnolo, estuvo magistral, lo mismo que Albert Wolff en una versión precisa que mereció los aplausos de la concurrencia.

●

Shakespeare en el Teatro Nacional de Comedia

La representación de una obra del genial escritor significa un acontecimiento teatral de honda repercusión en los anales de la cultura de un pueblo. Y es "El Mercader de Venecia" una de las obras elegidas del repertorio de Shakespeare para representarse en un teatro nacional, con versión hecha por Luis Astrana Marín y Pedro E. Pico y por artistas destacados en la escena como Iris Marga, Enrique de Rosas, Francisco Barletta, Carlos Perelli, Roberto Bordoni, Nicolás Fregues, etc.

Un hombre de teatro digno, que hace honor por su vasta cultura, por su amor al arte y por el espíritu crítico que prima en todo cuanto dirige, Enrique de Rosas —ha orientado este trabajo, donde él también actúa, encarnando el papel de Sylok, haciéndolo con la gravedad ajustada al personaje— nada falta en esta obra, ya clásica y que quizá sea la más destacada del genial autor, para hacer florecer en un escenario el espíritu, las pasiones, el drama de la vida como una fatal ley biológica. Muchos sacrificios costó llevar a escena esta prodigiosa maravilla teatral para hacerla brillar en un escenario después de cuatro siglos y poder salir triunfante después de una lucha, donde la inteligencia, el amor a la cultura y el homenaje que se le debe a un público docto, han salido airosos para honor del país que ve en el Teatro Nacional de Comedia el desenvolvimiento de generosos esfuerzos, encarnizados a desarrollar el gusto por lo clásico, que es lo que orienta a la cultura humana hacia la perfección.

Los integrantes de la obra se desenvolvieron con justeza y la experiencia que se adquiere con el estudio, la perseverancia y una buena dirección, se destacaron en primer término, como antes dijimos, Enrique de Rosas; le siguieron en orden de mérito Nicolás Fregues, Mario Giusti, Francisco Barletta, Pascual Bellicciotta, Iris Marga, como así también todos los componentes que estuvieron muy acertados en sus respectivos papeles. La escenografía y figurines de Gregorio López Naguil se encargaron de dar lucimiento a esta representación que fué aplaudida como un plausible esfuerzo hacia lo que significa verdadero arte.

●

Conciertos

En la Biblioteca del Consejo de Mujeres se realizó el anunciado concierto vocal e instrumental de confraternidad argentino-paraguayo, organizado por la Asociación Argentina de Música de Cámara en honor de la cantante paraguaya Sofía Mendoza, con motivo de haber sido designada Directora de la Escuela N. de Canto, creada recientemente por el gobierno de su patria, la Asociación Argentina de Música de Cámara y Biblioteca "Esnaola", dedicaron este concierto en su honor y beneficio. Prestigiando el acto, prestaron su gentil y valioso concurso artístico, sus ex compañeros integrantes del elenco del Teatro Colón, la soprano ligera Reggina Taddia, el tenor Pedro Mirassou, el bajo Horacio González Alisedo, y los maestros Roberto Locatelli y Felipe Logióvine. También prestaron su concurso las pianistas María Fontova de González Alisedo, Magda García Robson y Berta Bramante Jáuregui. Se adhirieron al homenaje instituciones culturales como "El Unísono", "Círculo Paraguayo", "Lumen", "Instituto Sanmartiniano", "Centro Ricardo Gutiérrez", "Rincón de los Poetas", etc., etc.

÷ En la Biblioteca del Consejo de Mujeres fué bien recibida "Le jeu de Robín et Marión", interpretada en esta institución en una forma que eleva la gloria del trocador Adam de la Halle (1240-1287). Esta pastoral, con acompañamiento del musicógrafo Wecherlin, ha considerado como la primera manifestación del teatro lírico.

Bajo la dirección de Jane Bathori fué presentada al público esta representación muy digna por lo que representa y por la riqueza, y por la compresión de su música varia como rica en expresiones. En la interpretación estuvieron acertados en sus respectivos papeles Marta Maillie, Félix Esteguy, Juan Travera, Bernardo Sofovich.

●

÷ *Se realizó en nuestro primer coliseo una sesión coreográfica cuya novedad consistió en la reposición del ballet "El lago de los cisnes", de Tchaikowsky, con el concurso de intérpretes nacionales. La dirección estuvo a cargo de Roberto Kinsky, ofreciendo una acertada versión de la citada obra. La bailarina María Ruanova, confirmó nuevamente sus brillantes aptitudes para la danza. Los participantes obtuvieron éxito por la manera y el estilo observado. En este orden de mención hay que destacar a Jorge Tomin, Wasil Tupin y Francisco Pinter.*

"El pas de quatre" llamó la atención por la homogeneidad de sus integrantes, compuesto por las Srtas. Nara Irinova, Adela Adamowa, Josefina Molino y Esther Gnavi.

Completaron el programa los ballets "Los Patinadores" de Meyerbeer, dirigido por A. D'Espósito, y "Scherezade" de Rimsky-Korsakoff, habiendo sido confiado los papeles a Leticia de la Vega, Lida Martinoli, Juvek Shabelevsky, Estela Deporte, Blanca Zirmaya, Angeles Ruanova, que lograron un nuevo éxito en su carrera artística.

●

÷ En el Teatro Politeama los bailarines Clotilde y Alejandro Sacharoff, "los poetas de la danza", como se los ha calificado, continúa triunfando en ésta, y sus demostraciones plenas de arte convencen al público que ven en el desarrollo de sus actuaciones amplia justificación al laudatorio juicio del eminente crítico francés Willermoz. La danza adquiere en ellos la expresión alta de arte, tanto por el concepto sutil de sus interpretaciones, como por la gracia alada que los nimba de una simpatía encantadora y contagiosa. El espectáculo que nos brindan es hermoso, y en el abundante programa que desarrollan nos presentan una especie de evolución de la danza, a través del temperamento de artistas geniales que saben cultivar su arte ,inspirados al par que en una innata vocación, en las disciplinas forjadas a través del estudio.

●

CINEMATOGRAFOS

"La legión blanca" en el Rex

Producción de la Paramount, hablada en inglés con títulos sobre impresos en castellano. Intérpretes principales Claudette Colbert, Paulette Goddard, Verónica Lake, Bárbara Pritton, Director Sandrich.

Realizada con realismo sin concesiones en el curso de su descripción. El tema que se lleva a la pantalla es la cruel realidad de uno de los aspectos de la guerra. Los ataques llevados a cabo en Bataán y Corregidor, la acción benemérita de las enfermeras de la Cruz Roja Militar Norteamericana, su denuedo, su misión en esta tragedia conmovedora, donde ellas, con sangre fría y arrojo ofrecieron sus vidas para salvar la de otros. Todo esto está elocuentemente reflejado en sus mínimos detalles, haciendo destacar el espíritu femenino en esta largo tragedia, donde la mujer, como mensajera de paz y humanidad, ha encendido en cada corazón una antorcha de esperanza.

Claudette Colbert cumplió una interpretación destacada, lo mismo que Verónica Lake, Paulette Goddart, con naturalidad completa el terceto femenino, que dan a esta película un realce muy digno por las destacadas cualidades artísticas que adornan a los personajes.

●

"Amazonas del Espacio", en la Opera

Producción de Walter Wanger para la Universal, hablada en inglés. Figura principal Loretta Young.

Esta película está destinada a ponderar el espíritu de la mujer en E. Unidos a desafiar todos los peligros para auxiliar a los combatientes en los distintos campos de lucha. Es un fiel documento humano que retrata bien a las claras, también, la pasión y todos los sentimientos que alberga el alma humana para salir triunfante ante todos los problemas que surgen ante esta ola, y en la que la mujer hoy vive en esa atmósfera, vibrando de vida y poniendo todos sus anhelos e ilusiones en lo que ella ha soñado.

Es por ello que esta película se señala por su documentación psicológica, humana y real. Loretta Young, Giraldine Fitzgerald, Diana Barrymore, Evelyn Ankers, Anne Guynne, se lucen en suns respectivos papeles por la gracia, la seducción y la ironía que demuestran al desenvolver sus personajes.

Palos a uno y otro

por Garrote

El caso Unamuno visto desde acá

PORQUE, no hay duda, es un caso y caso único. El lo dijo: "Yo, Miguel de Unamuno, como cualquier otro hombre que aspire a conciencia plena soy especie única". Fué hombre que no estaba conforme con nada, y de quien no estaba conforme nadie, empezando por él mismo, que vivía descontentísimo de sí, y en "continua interior pelea entre la cabeza y el corazón".

Toca con León Bloy por la crudeza de estilo, por el ingenio, por la poesía y por los pocos amigos. (Sí, Bloy y Unamuno son de los más grandes poetas del siglo). Se distancia, porque Bloy con cabeza y corazón ordenados sabía el camino que corría. Unamuno con cabeza y corazón atorbellinados sabía que era un robot disparado no sabía a dónde.

Era un pedazo de vida echada a vivir con pasiones y pretenciones enormes, bronquedades de carácter, humor implacable y splin de dogo que lo tornaban intratable. Pero varón de una pieza y verídico como *nadies*, lo que lo volvía secreto amigo aun de sus más declarados enemigos, y público enemigo aun de sus secretos amigos.

Cuando de un libro o de una pieza dramática decía esto es bueno, usted estaba seguro que allí el bilbaíno no pretendía quedar bien con el autor ni andaba con el elogio pagando almuerzos o retribuyendo incensadas. Cuando a otro le sacudía un garrotazo, allí no había prejuicios ni antojeras ni ojerizas. El garrotazo era preciso, y tente tieso.

Buenos Aires necesita un hombre así —¡si lo necesita!— que sepa zahondar en la crítica, que campee libre de trust, de alharacas y mutuo-bombo; y nos evitaríamos esos adefesios literarios y filosóficos como el *Silverio Leguizamón* y el *Tratado de Poética* de Albert O. Fijodalgo. "¡Cosa de locos!" diría Unamuno, así sin más ni más, si leyera estos esperpentos.

Unamuno se arrimaba a los liberales, a los izquierdizantes, a los republicanos. Estos le vitoreaban creyéndolo de los suyos. El vasco veía un entuerto y ahí nomás les cantaba las cuarenta, armando una pelotera.

Cuando un español se alzaba sobre el pavés queriendo hacerse el vivo lo escudriñaba de arriba abajo, y con dos calificativo cáusticos lo dejaba como al pichón implume de la leyenda. Así hizo con Primo de Rivera, a quien le dedicó unos epigramitas que le valieron al viejo la deportación a Fuerteventura; y con Ortega y Gasset, a quien, en resumidas cuentas, vino a cantarle a la cara que era un "papanatas".

En las asambleas de los rojos españoles, de los judaizantes, de los moscovitas y de los comecuras llegaba Unamuno, y, como las chicas del colegio de las Hermanas, saludaba a toda la anfictionía solemnísima con una gran santiguada y un "*alabado sea Jesucristo*".

Cuando almorzaba al lado de un Obispo o visitaba a sus amigos los Padres Agustinos aseguraba a ciencia y conciencia, de sobremesa, que los curas españo-

les andarían mejor si tuvieran querida; y elogiaba a Sabatier, a Loisy, a Ferrandis o a cualquier otro apóstata "por el gesto patriótico de haber engendrado hijos". Le gustaba dar trancazos y armar tremolinas.

En el convento de los Gerónimos, reunida toda la venerable comunidad, de la que era asiduo visitante dijo una vez:

—Yo debí entrar en el seminario. ¡Ay de mí! He errado mi vocación.

—¿Para qué don Miguel?

—Pues, para ser cura.

—¿Y por qué es que quiere ser cura?

—Pues, para ser Obispo.

—¿Y por qué es que quiere ser Obispo?

—Pues, miren, para decir herejías. Que ahora las digo y no me lleva el apunte nadie, que si fuera Obispo... Y se relamía paladeando las asonadas que levantaría con su mitra.

"En los bailes de los pueblos castizos no suele faltar un mozo que cerca de la media noche se siente impulsado sin remedio a dar un trancazo sobre el candil que ilumina la danza, entonces comienzan los golpes a ciegas y una bárbara baraunda. El Señor Unamuno acostumbra a representar este papel en nuestra república intelectual". Así escribía Ortega y Gasset, en 1909, un poco picado contra Unamuno "energúmeno español y morabito máximo".

¿Qué había ocurrido para que Ortega, joven de 26 años y recién aparecido en el retablo español, la emprendiera contra el ya entonces "Unamuno el Grande"?

Que allá, por 1907, cuando inició su vida pública Ortega y Gasset, con Maeztu, Pérez de Ayala, Salaverría, Albornoz, Díaz Canedo y la flor en flor de la generación del 98, salieron a quebrar lanzas estos mocitos en un semanario llamado *Faro*, que presumía ser: "Instrumento de vigorización cerebral para el país". Los muchachos se arremangaron desafiantes, henchidos de braveza intelectual, y andaban, claro está, un poco enfatuados como los gallos que sueltan il primo canto. Aseguraban que habían de europeizar a España; como ahora dicen por acá, que hay que europeizar la Argentina. Y todo era ponderar la cultura de Europa, y viva la Europa histórica, la flor de la civilización, y dale que le darás con que era preciso enraizar a España en Europa, y Europa arriba y Europa abajo.

A Unamuno le olió esto a cuerno. Y en su *Ensayo sobre la europeización,* clasificó —¡ con qué acierto!— a la troupe de los mocitos pedantes con el mote de *papanatas fascinados por lo europeo,* con lo que les curó el prurito. ¡Era un trancazo de padre y señor mío, y qué bien les caía a los otarios del cuento para aplacarles los humos y los encabritamientos!

Nos falta un Unamuno

SI. Yo no me canso de deplorar la ausencia de un hombre con la libertad de expresión de Unamuno. El país en su intelectualidad mechada de seudos y matuteros (esto es, de engreídos y *engrupidos*) se ha partido en cuatro grandes grupos:

1. El de los liberales viejos, hombres gotosos que poseen plata y cabezotas llenas de palabras gastadas, y ahora, con la revolución, un julepe en el corazón que no saben cómo sosegarlo.

2. El sector intelectual israelita, compuesto por tinterillos de diarios, literatoides y prestamistas, amén de un grupito adulón de políticos destronados, los cuales todos, a esta hora, andan haciendo zafaditas y esguinces para ca-

pear el temporal patriota que está limpiando la República; pero que aparecerán bien cubiertos bajo el cascarón o el carapacho de sus babas cristalizadas, como los caracoles tras la lluvia, no bien haga buen tiempo para sus caracoleos.

3. La clase reposada del intelectual serio, bien intencionado, que no precisa hablar de la Weltanschauung und Lebensansicht, ni de la concepción pragmática del cosmos, ni de la Vorstellung para persuadirse y persuadir que sabe. Parroquianos del serio pensar, que reposadamente labran sus libros sin impacentarse ni sobresaltarse cuando los muchachitos impulsivos desde el llano de su vaciedad les mandan un puazo. A tal parroquianía pertenecen: Franceschi, Romero, Gálvez, Fernández Moreno, Meinvielle, tipos representativos de diversos sectores, pero emparentados por el denominador común de la verdadera valía. Hay otros más, claro está, aquí yo no agoto la lista.

4. Los nacionalistas; semiaburguesados unos, patriotas otros, patrioteros muchos, y con un ansia rabiosa de ordenar las ideas casi todos ellos, que las tienen desordenadas asaz y sin asiento. Y, por castigo de nuestros pecados, quienes debieran colaborar a tal ordenamiento por vocación y ministerio distraen su labor espiritual en intrascendencias y estupefaciencias. Y así anda por allí el grupo, por suerte archiminúsculo, de profesionales, filosofitos, teologuitos y levitas fanfarrones con pujos de grandeza y presunciones hegemónicas de encaramarse a la parra aprovechando el zafarrancho. No sé si me explico.

"Déjense de envidiuelas y avilanteos. El mundo da para todos. Por qué lo vamos a convertir en hato de apaches. Y hay pasiones que en cristianos quedan muy mal. (*Infideli deterior*). Porque, por ejemplo, maledicencias, celotipias, falsos testimonios en ustedes parecen raquíticas, anémicas y grotescas; en tanto que en judíos, liberales y masones son el pelaje que les corresponde..." Así solía platicar Unamuno lleno de fervor con los Agustinos de Salamanca. Y aquellos estudiantes del escolasticado salmantino creían que les había aconsejado un Santo Padre.

Nos falta un Don Miguel

VISTO desde acá, desde la Argentina, visto está que nos falta un Unamuno eternamente engurruñado. Un Unamuno "energúmeno argentino", a quien le duela la Argentina como podía dolerle el hígado, y que chille de rabia cuando vea se gastan los dineros oficiales en libros aparatosos publicados por las Universidades, que son plagios solapados.

En tanto aquí no chilla nadie. Porque es ley de amistad —dicen— a de comanditarismo se arroje un velo de Noé sobre tanta y tanta desnudez. Y siguen así pertinaces perpetrándose libros de estulticia camuflada en ciencia.

Nos falta un Unamuno "fuerte vasco que lleve el arnés grotesco y el irrisorio casco del buen manchego". Falta un "donquijotesco don Miguel de Unamuno, que camina, jinete de quimérica montura, metiendo espuela de oro a la locura, sin miedo de la lengua que malsina". Nos falta un Unamuno que tome en sus manos... ¡Qué se yo! Por ejemplo este librito que tengo aquí de un médico que se dice Bertachini, *El artista cristiano y la mujer* lleva por título. Pues bien. Debiera haber un Unamuno que, aunque fuera íntimo de Bertachini y padrino de todos sus hijos, le dijera: amigo mío, su voluntad es muy buena, pero hay tanta nebulosidad en su cerebro que ni usted ni nadie sabe qué hay allí dentro. Y ¿qué dicen estos dos primeros capítulos de su librito, que no me dejaron humor para leer los otros? Pero no pierda la fe, amigo mío, pues Dios le ha librado de un corazón confuso que no sabe qué quiere. Y le ha librado también de una mollera huera, de esas que han perdido la esperanza de pensar y se han vuelto es-

tuche de sesos entecos. Corra los visillos de su inteligencia. Haga luz interior. Y tras este ensayo calamárico vendrán trabajos lúcidos que aprovechen a Ud. y a las gentes.

Vaya esto sólo por vía de ejemplo

EN los días de la revolución de Franco todo el mundo se asomó a España a mirar por quién iba a pronunciarse Don Miguel, si por Franco o por Azaña. Se citaban unas frases del viejo para probar la solidaridad que prestaba a los nacionalistas, y otras que documentaban su simpatía por los rojos. Pasquines comunistas, como *L'Humanité* de París y *La Vanguardia* de Buenos Aires, aseguraban que Unamuno vivía horrorizado de los crímenes perpetrados por los franquistas contra los liberales y republicanos. Los diarios de derechas, en cambio, aseguraban que Unamuno adhería a los defensores de la civilización cristiana contra los moscovitas.

Pero lo cierto es que ni Unamuno mismo sabía por quiénes estaba. Andaba avergonzado de su España y con humor de toro menopaúsico. Que si en Salamanca no se podía despotricar contra los militarotes y al viejo lo tenían con policía a la puerta, allá en Madrid los angelitos de Azaña no las gastaban chiquitas, pues jugaban a violar monjas y a comer ojitos de niños.

No quería pensar en la guerra. Y aquella guerra, la española, era precisa. Que ante una guerra injusta y encima imbécil, como la presente, Unamuno, igual que todo hombre noble, estaba por los que pierden. "Nunca estaré con el vencedor". Sus primeros recuerdos de niñez los llevaba salpicados de cascos de granada de la guerra carlista. Asqueó la guerra. Vió que es juego de pocos a costa de dolor de muchos. Tenía en esto bastante sentido común.

Español y blasfemo

ERA Unamuno una mezcla imposible de fraguar. Quería ser gran español y no quería ser católico. Cuando españolizaba sin percatarse catolizaba. Al pronto se daba cuenta que estaba portándose tan cristiano como un jesuíta. Entonces echaba una blasfemia contra Cristo para despistar. Muy luego se sorprendía: "¿Pero esto va dicho contra España?". Parábase entonces, sin atinar qué hacer, en medio del Catolicismo y de España como el asno de Buridano. Y allí refractario de su propio corazón, blasfemaba contra sí mismo.

Tenía razón Machado: "Unamuno quiere ser fundador y dice: *Creo, Dios y adelante el ánima española*... Y es tan bueno y mejor que fué Loyola. Sabe a Jesús y escupe al fariseo".

Para hablar poseía la libertad de un fraile que no está comprometido con nadie, ni con mujer, ni con puesto público, ni con patrono político, ni con amigotes; a quien no le interesa jabonar al Obispo ni al Príncipe y que no tiene miedo le reprochen las cuentas del sastre, ni las cuentas de la barragana. El fraile deja el mundo para poderle decir al mundo todas las que se merece con la santa libertad y bronquedad de los hijos de Dios. Y si no se las canta al mundo es un mal fraile, ¡qué demonche!, y encima merece le tengan por sonso.

Pues bien; el bilbaíno parecía en esto (y por desgracia únicamente en esto) un fraile que al pan pan y al vino toro; y así te quiero. En muchas otras cosas tenía también visos de cura, pero de cura apóstata de esos eternamente

masacrados por su conciencia, y precisados cada vez más a decir mayores disparates para llamar la atención y ganar la vida temporal, porque se sienten perdidos de conseguir la eterna. Bueno. Decía que las cantaba claro, como un buen fraile, y en esto hacía muy bien.

Cierto que he oído hace poco abogar por una predicación católica blanducha, gelatinosa, delicaducha, facilita, sin cartílago; por una predicación de fervorines. "Predicar como Cristo" dicen muy místicamente; y entienden que Cristo predicaría mansitamente, como un rasgueo de bordona. Pero, oye, ¿Cristo no dijo acá y allá en todo el Evangelio: "Vae vobis los escandalosos..., vae vobis escribas y fariseos..., vae vobis guías de ciegos..., vae vobis los angurrientos..., vae vobis los hartos..., y mil vae vobis más? "Predicar como Cristo?" y entienden un Cristo estilizado, renaniano, hecho para indulgenciar arrepentidas; un Cristo sin sentimiento trágico de la vida, un Cristo cursilero de Casa Barra, y afeitadito, que nada tiene que ver con el fogoso predicador que a su hora zurró duro y parejo y que a troche y moche arrojaba en el Evangelio directas e indirectas al infierno. Por lo visto, a estos lánguidos amiguitos de una predicación moluscoidea, habría que inyectarles un poco de extracto de locro en las venas exánimes y hacerles leer el Evangelio.

Dije que Unamuno era como un fraile. Añado: pero fraile de convento español puesto al servicio de la causa de España por sobre todas las cosas. Luego de la causa del espíritu. Y era fraile de gestos y voces un poco anacrónicas, airado siempre contra el botarate que se permitiera despreciar a España, adulterar su espíritu, o desfigurar su fisonomía.

Cuando hablaba contra el raquitismo mental de los clérigos españoles sabía perfectamente el bravo vasco que no decía verdad. Pretendía únicamente removerlos de la acidia y socordia y holgazanería en que algunos de ellos vivían, por purísimo amor a España. Así aseguraba. Añoraba los teólogos y los inquisidores de otros tiempos. Habría hecho buenas migas con Torquemada, Tirso de Molina, Melchor Cano, y Juan de Mariana.

Peor que un demonio y mejor que un ángel

ERA hombre siempre en desacuerdo con los hombres y con las cosas, y no dejaba la tertulia ni publicaba artículos o libros sin armar peloteras. Con humor de exilado o de dispépsico a uno le decía: "besugo". A otro: "Ud. hiede". Y al de más allá: "Ud. es idiota, aunque se llame Le Dantec y enseñe en La Sorbona; y sepa que su ateísmo es cosa propia de Ud., esto es, de idiota".

Todo lo que comía se le volvía bilis, y escupía verde. A ratos por su facha parecía una estantigua de esas que cuando las ven venir los muchachos de la calle gritan a coro *"el oso, el oso"*, y disparan en desbandada. Si Unamuno veía a su lado un muchacho calladito era capaz de increparle: "¿Pero tú no me gritas? Pues eres tonto". Porque sentía placer en que insultasen al demonio que llevaba dentro, y le gustaba presentarse como primitivo, como tarzán salvaje, y como energúmeno al insulto de la canalla de la calle, y de la canalla intelectual que discurre por las Universidades, por las redacciones de las revistas, por los Jockey Clubes y por los círculos sociales.

Andaba siempre monologando con su demonio interior o con su ángel de la guarda, que para él eran casi lo mismo. Satanás no podía tentarle de soberbia, porque él iba más allá de lo que pudiera sugerirle el diablo. Y su buen ángel tampoco podía inspirarle humildad, porque previamente se postraba por bajo de las más profunda humildad. Satanás veíase así forzado a decirle: "Miguel, no seas tan soberbio"; y el ángel: "No te humilles tanto, buen alma".

Amaba a España más que otro alguno de los heterodoxos sus paisanos. Todo

lo español le parecía noble y heroico. Escribía con mucha seriedad que los españoles de la conquista a precio de enormes sacrificios (¡pobrecitos!) se dieron a la empresa heroica de engendrar hombres libres en indiecitas esclavas. (¡Qué vencimientos ,eh, y qué sacrificios y qué mortificación no les sería precisa...! ¡Gedeones de la gran siete!).

No era muy devoto de Santa Teresita, ni le preocupaba mucho el purgatorio. Pero era capaz de pertenecer a cuatro Cofradías sólo por mantener la tradición española. De ordinario se despachaba impíamente negando la divinidad de Nuestro Señor. Pero como toda la cultura española está requeteamasada de catolicismo para justificar la fe de España predicaba en favor de Jesucristo y de la Santa Iglesia con una lógica y una teología que no tienen rival.

"Qué quieres que te diga —decíale a un amigo caminando las callejas salmantinas— no he conocido al hombre que por estética o por amistad haya dejado alguna vez de ponerle cuernos a sus más íntimo y respetado amigo, si pudo ponérselos. El que no se los puso, créeme, es por amor a Jesucristo y por temor del infierno. El infierno ha descornado a media humanidad cristiana, y ha sido el mejor remedio de la concupiscencia.

—Pero en fin de cuentas ¿qué es la concupiscencia?

—Cuerno líquido derramado en toda la epidermis.

—¡...!

—¿No lo crees? Frótate, hermano, con fuerza un rato la mano y tómale el olor. En cada hombre, aun en el más santulón hay un cornífero con su instinto táurico diluído por todas sus carnes. Y el infierno ha realizado la tauromaquia más providencial de la historia. Tal vez por eso, España, pueblo de fe y de temor del infierno, ha sido el clásico pueblo torero..."

Poseía un apasionante amor propio, como español. Era uno de los hombres que han hablado más de sí mismo, como buen español. Procuró con todas sus fuerzas allanar a quien osara levantar cabeza, como españolísimo.

Su filosofía

UN poco de Pascal, otro poco de Krause, y un mucho de Kierkegaard forman el atalaje filosófico unamunesco.

Estudió danés sólo para leer a Kierkegaard. Y fué el primero que dió a conocer en habla castellana al trágico de la filosofía, al ahora tan citado autor del *Tratado de la desesperación*.

Desde hace diez años el que en la Argentina presume sentar plaza de filósofo ha de hacer ver que ha leído a Kierkegaard y Heidegger. Venga o no venga a cuento es preciso mechar y ternar los escritos con citaciones de ambas monumentalidades. Quien escribe de filosofía y no cita a Heidegger es atrasado. ¡Pero, si hasta el mismo nombre con esas dos gg resulta tan hondo, y más cuando se lo adjetiva y se habla de *existencialismo heideggeriano!* ¡Qué me dicen!

El otro día oigo decir a uno: —¡Cómo me gusta Claudel!

—¡Ah, sí! ¿Y por qué le gusta Claudel?

—Por su sonoridad, por su música, porque es una delicia. ¡Oh, Claudel!

—Bueno, bueno. Y... ¿Le lee en Claudel (quería decirle en francés), o en Battistessa y en Souvirón? (quería decirle en castellano).

—A mí me gusta Claudel. ¡Oh, Claudel!

—Dígame ¿leyó *L'Otage*, y los poemas *Corona benignitatis anni Dei?*

—¿Qué? Pero viera cómo me gusta Claudel. ¡Oh, Claudel!

—¿Conoce, sin duda, *L' Annonce faite à Marie*?

—No, Señor. Yo no leo ni leeré palabra en mi vida. A mí me basta con Claudel. ¡Oh, Claudel!

—¡Entendido! ¡Oh, Claudel! ¡Qué sonoridad, qué música, qué delicia! Pues ¡oh, Kierkegaard y oh, Heidegger! ¡Qué filósofos! Pero... ¡qué diablos! levante la mano el argentino que los haya leído.

Unamuno se empapó de Kierkegaard. Se kierkegaardizó. Aquello de *la presión vital*, del *envenenamiento ontológico*, (que según el danés vicia la esencia misma del hombre y lo arroja a metafísica desesperación, en la que se resuelve *ultimatim* el trauma vital del pecado de origen) impresionó profundamente al bilbaíno. Como otros ven un cartujo y la sola vista del monje compúnjeles hasta los fondos de la conciencia, a Unamuno, de igual manera, temblábanle de contrición las entrañas viendo al luterano.

A Kierkegaard le caía bien el horror a la muerte que le hacía caminar su vida entera encanijado, abatido de hombros, y la cabeza gacha. Sobre su alma danesa cargaban cuatro siglos de herencia protestante con la tremebunda predestinación y reprobación calviniana a cuestas.

A Don Miguel de Unamuno, impresionado por la trágica estampa del místico luterano, y llevando en el alma sus herencias españolas de ortodoxia católica, le pareció interesante lanzarse a la escena de la vida para desempeñar en ella el bravo papel de sentimentalista trágico de la existencia. ¿Fué sincero? ¿Andaba julepeado de verdad en eso del sentimiento trágico?

Yo creo que no. Creo que por dentro se desternillaba de risa de todo cuando escribía. Don Miguel es un caso típico de desdoblamiento psíquico. En él hay un hereje por pose y un cristiano por español. El heterodoxo es el Unamuno atento a decir herejías, a reirse de la escolástica, a la que tenía una enemiga bárbara. El espontáneo, el reprimido, el de fondo es un Unamuno que busca a Dios como Padre, que simpatiza con Jesucristo, que loa a su modo al Santísimo Sacramento y escribe el admirable poema del Cristo yacente de Santa Clara.

Unamuno no tiene filosofía propia. Como el calamar enturbia todo lo que toca. Nada ha escrito definido y terminante. Posee desperezos, humoradas, cubileteos definiciones magníficas, energumenadas, ornitorrinquiadas y blasfemias a más y mejor.

"Todos los que han querido —dice— dar respuesta al horadante enigma de la inmortalidad no hicieron otra cosa que tontear. Eso no puede probarse. Yo no puedo probarlo. Tú no puedes. Y, ves, el problema es feroz. Pero, porque yo no puedo y porque tú no puedes y porque vemos que el problema es feroz debe él resolverse como yo quiero; sino ¿para qué es problema, y para qué veo que es feroz, para qué?

Yo y tú somos seres inmortales, porque yo y tú (Unamuno jamás dice: tú y yo) queremos serlo. Y erre que te erre, y la fiosofía es una estupidez y viva el voluntarismo.

Y con voluntarismos de esta laye y paradojas y dramatismos zurce sus filosofías. No vayan a creer —Dios me libre de tamaña sandez— que Unamuno se las baraja como los filósofos de nuestra tierra, como los de la Facultad de Filosofía y Letras, que escriben sus libros con retazos de filosofía tomados acá y allá pero que no han logrado fraguar nada orgánico en sus inteligencias. En Unamuno las cosas no están prendidas, ni faltas de aquerenciamiento, ni retenidas a fuerza de memoria, ni desvitalizadas. Sus libros no dejan la sensación de atiborramiento, de sentón, de indigestión de cosas, de presión de datos, como los que se hilvanan acá.

Unamuno criteriológicamente agrede al idealismo, pero de hecho se ha encerrado en él. Y por toda solución racional a su tragicismo ante el enigma de la inmortalidad trata de justificar su conciencia con asegurar que merece ser inmortal quien se preocupa de ser inmortal. "Portémonos de suerte que merezcamos ser inmortales y que Dios sea cruelísimo si no colabora a ello".

Idea filosófica nueva, de verdad nueva, Don Miguel no tiene ninguna. Ha

tomado un concepto vulgar cualquiera, por ejemplo la idea de Dios fautor y principio de nuestra inmortalidad, y la ha repensado, la ha vivido, se la ha metido en el corazón, como un pañuelo en una herida, y la ha sacado de sí sanguinolenta, al rojo, palpitante, y tan llena de vehemencias como si fuera nueva y recién pensada en el mundo.

¿Quién no conoce gentes que predican moral como un descargo de conciencia frente a su vida inmoral? Creen que esa prédica les compensa de sus perrerías. Es una manera de engatuzarse a sí mismos y de ahogar las protestas que les da dentro la conciencia. Lo que a muchos les pasa con la moral ocurríale a Unamuno con la filosofía. Trataba de convencerse que tenía filosofía. Trataba de engatuzarse. Lo que no logró jamás por ser vasco, es decir, hombre franco con los demás y primero consigo mismo. De allí su contradicción constante y sus pruritos de fundar la filosofía de la contradicción, de la duda, de la desesperación.

Dos libros acaban de llegar de Europa que tienden a reintegrar la filosofía de Unamuno: 1. El de Miguel Oromí: *"El Pensamiento Filosófico de Miguel de Unamuno"*; 2. El de Julián Marías: *"Miguel de Unamuno"*. Ambos de Espasa-Calpe, Madrid, 1943.

Eustaquio Guerrero, jesuíta inteligente y trabajador, comenta estas publicaciones en un prolijo estudio inserto en la revista española *Razón y Fe*, diciembre de 1943.

Para terminar este palique un poco largo quiero resumir algunos párrafos monitorios del citado Guerrero. Los creo oportunos aquí, en la Argentina, donde indiscutiblemente se lee a Unamuno. A quien no debieran leer nada más que las personas mayores de edad. Y, anden sobreavisados, que mayores de edad intelectualmente son muy pocos, y que nuestras Universidades —duro es decirlo— están ahitas de púberes cuyas inteligencias se envenenan tanto con Unamuno, como se les ensucia la imaginación con las procacidades y desnudeces de la revista *Ahora, Aquí está* y de otras de la misma ralea.

La obra unamunesca trasparece un filólogo, un poeta, un dramaturgo, un revolucionario y un místico heterodoxo. Todo esto fué Don Miguel, ¡quién lo duda! Pero padeció su vida entera una supina ignorancia en cuestiones filosófico-religiosas, ignorancia que disimulaba hábilmente echando mano de sofismas, de paradojas, de groseras falsedades rayanas en calumnias, y de malignas tergiversaciones de los dogmas, de la moral, de la Historia de la Iglesia y de la filosofía escolástica. Estos métodos impresionan en medio ambientes, como el nuestro, donde triunfa la extravagancia, la pedantería, la incredulidad y la rebeldía intelectual.

Dios quiera que al menos su morboso sentimiento de la muerte le haya llevado a arrepentirse de sus pecados y de ese feroz nihilismo que le inducía a combatir todos los dogmas católicos y todos los sentimientos religiosos en nombre de la inteligencia; y, a la vez, todas las conclusiones de la inteligencia en nombre del sentimiento religioso.

Y, recordando a Machado:

Libre, por fin de añasco,
quiera el buen Dios que aquel donquijotesco
Don Miguel de Unamuno fuerte vasco,
no en balde haya llevado arnés grotesco
e hilarante casco.

Y háyale dado el fin de aquel manchego,
de aquel Quijote hispano,
que supo vivir loco y morir sano.

El Protestantismo en el Perú

DESDE hace algún tiempo los católicos de acción, en el Perú, han tenido que desplegar una fuerte campaña en contra de las actividades protestantes en nuestro país, no tanto por el concepto confesional o doctrinario en sí que representa dicho movimiento, sino por los métodos empleados y los fines que persiguen.

El Perú es un país acogedor, hospitalario, cortés y respetuoso. Por eso viven perfectamente bien en él todos los hombres honrados y de buena voluntad. A nadie se le molesta por sus ideas.

Pero, algunos interpretan el buen acogimiento que se les da, como un síntoma de desentendimiento, y entonces confunden la cortesía y el buen trato que se les concede como si les permitiera la libertad de hacer y deshacer a su antojo, y en esa falsa interpretación de hospitalidad y convivencia, ciertos grupos especiales llevan a cabo obra de perturbación entre nosotros, y en forma concreta, nos referiremos a los protestantes pertenecientes a las innumerables sectas de los Estados Unidos.

Al dirigirnos a un público culto y con discernimiento (que entre los norteamericanos se cuentan por millones los que tienen un sentido exacto de la realidad, de la libertad y del respeto al prójimo), lo hacemos en el sentido de podernos entender y querernos mejor, y la campaña que se ha iniciado contra los sectarios protestantes perturbadores, tiene por objeto principal, el situarnos cada cual en su verdadero plano, para guardar y mantener el nivel de respeto y libertad que nos debemos unos a otros.

Los protestantes "evangelizadores", ¿a qué vienen al Perú?

¿A predicar el Evangelio? No podemos creerlo. Si fuera cierto el afán de evangelizar, todas esas sectas, producto de desmenuzamiento seudo religioso, en vez de venir a perturbar nuestro sosiego espiritual, no se moverían de sus localidades; primero, porque en el Perú conocemos el verdadero Evangelio desde mucho antes que fuese predicado en la América del Norte; y, segundo, porque sabemos que existen en los Estados Unidos muchos millones de ciudadanos que no tienen ni practican ninguna religión.

Ante estos dos hechos que señalamos, no puede uno alcanzar a explicarse este afán de los protestantes inquietos en meterse donde no se les necesita, abandonando el vasto campo, en su propio país, donde tantos millones de habitantes viven sin religión.

Estos dos hechos nos hacen dudar de las actividades protestantes, porque su ideario propagandístico es desmentido por la realidad.

Como escribimos especialmente para el público culto norteamericano, queremos hacernos entender bien, y para que se dén cuenta que los católicos del Perú no somos intolerantes, sino que defendemos nuestro legítimo derecho, exponiendo razones.

Existe en Lima la Iglesia del "Buen Pastor", a la que asisten los anglicanos de ciertas colonias extranjeras. Sus componentes se limitan a ejercer y a practicar su culto, y nada más. No hacen obra de proselitismo, no predican en contra del catolicismo ni de sus autoridades jerárquicas. Más todavía: no per-

miten el ingreso a su local a los que no pertenecen a su credo religioso. Por esa actitud y comportamiento correctos merecen todo el respeto y jamás se les ha mortificado.

En cambio, las innumerables sectas que se han establecido en el Perú, Metodistas, Adventistas, Pentecostales, etc., etc., etc., no se contraen, como lo hacen los del Buen Pastor, a procurar el culto a sus afiliados, sino que sus actividades más sobresalientes son las que se dirigen en contra de los católicos del Perú y sus altas dignidades eclesiásticas.

Nosotros coleccionamos infinidad de panfletos, publicaciones, hojas volanderas y Revistas protestantes, llenos de insultos groseros y faltas de respeto a nuestras dignidades y a nuestro pueblo creyente.

Es ésto lo que no debemos soportar. Que a cambio de hospitalidad y tolerancia, se nos insulte y se haga befa y escarnio de nuestros más caros sentimientos. en nuestro propio hogar nacional.

Amor, con amor se paga, dice un viejo adagio popular español.

Nosotros deseamos que se nos quiera tal como somos. El corazón de una madre quiere de igual manera a todos sus hijos, y siente predilección por el que se halla en desgracia.

Nosotros respetamos las creencias y ceremonias de todos. Exigimos que en nuestro propio país se nos respeten las nuestras.

Si yo fuera invitado a vivir en casa de un amigo, y hasta en la de mi propio hermano, a cambio de su hospitalidad generosa sería una burda grosería burlarme del orden establecido en su vida hogareña y pretender alterar sus costumbres. Esto es, ni más ni menos, la obra de perturbación que realizan multitud de sectas protestantes americanas en el Perú, y contra esa deslealtad van dirigidas las protestas de los católicos peruanos.

Nosotros deseamos el trato y la orientación que puede darnos el mundo culto y respetuoso de los Estados Unidos. Al Perú vienen, a menudo, eminentes católicos y religiosos. Nos han visitado Su Eminencia, el Cardenal Dagherty, el Rdo. Joseph Thorning, Monseñor O'Hara. católicos prestigiosos y hombres de valer del mundo católico-social norteamericano.

Conocemos la labor que realizan los católicos norteamericanos en la "Catholic University of América"; el "Boston College"; la magnífica Universidad Católica de Notre-Dame" en South Bend (Indiana); la obra misionera tan querida entre nosotros de los Padres de la MaryKnoll; lo mismo que las labores de Monseñor Michael J. Ready y Carlos A. Siri, en la "National Catholic Welfare Conference"; la labor de nuestro amigo personal el Rdo. P. David Rubio en la "Hispanic Foundation" de la Biblioteca del Congreso, antiguo profesor del Colegio de San Agustín de Lima; y la de tantos eminentes que dan brillo y esplendor al cielo cultural de los Estados Unidos.

Este es el contacto que queremos, deseamos y necesitamos. El sector intelectual católico norteamericano que piensa y siente como nosotros, es el más indicado y capacitado para comprendernos y querernos mejor. Los católicos norteamericanos pueden practicar una verdadera amistad con los católicos peruanos y realizar la solidaridad espiritual entre nuestros pueblos, porque los católicos norteamericanos, lejos de llevar a cabo la obra de perturbación que realizan los protestantes, sintiendo y pensando como nosotros se llegaría a establecer prácticamenae el deseo de todos: la política de la "Verdadera buena vecin*dad".*

Vendrían a nosotros los católicos que nos aman, y nó los protestantes que nos aborrecen.

Luis G. Fábregas y Amat

Lima, junio de 1944.

Manuel Garretón Walker

DIPUTADO CHILENO

Hace unos años, después de la elección del doctor Aguirre Cerda para la primera magistratura del país hermano, un amigo nos anunció:

—Se ha fundado en Chile un nuevo partido político de inspiración católica.

—No nos entusiasman los partidos que se lanzan a la lucha cívica alardeando de católicos — respondimos.

—Pues, éste quizá los convencerá de su bondad — insistió el amigo, entre burlas y veras —: se llama Falange Nacional de Chile.

—Falange?... peor que peor; ya ese nombre trasciende a beligencia de derecha, envenenada y excesiva, y por lo tanto muy poco cristiana.

¡Mera e infortunada coincidencia de nombres!! Lo supimos después y nos fué ganando un sentimiento de simpatía hacia ese grupo de luchadores, cuando, de tarde en tarde, nos llegaba noticias de la obra regeneradora y constructiva, que cumplían, obra profundamente democrática y católica, de justicia social en lo nacional, de conciliación interamericana en lo atañadero a política continental.

Por eso, cuando hace poco nos enteramos de la presencia en Buenos Aires de Manuel Carreton Walker, el brillante diputado de Falange al Congreso de Chile y eficaz dirigente del partido, decidimos entrevistarlo en nombre de "Solidaridad". Deseábamos escuchar de labios tan autorizados lo que piensa, realiza y sueña una fracción tan importante del catolicismo chileno frente a problemas políticos, sociales e internacionales que, **mutatis mutandi**, son también nuestros propios problemas.

Lo encontramos en su alojamiento del hotel "Napoleón", un típico anochecer, lluvioso y frío, de este invierno porteño. No conocíamos personalmente al señor Carreton Walker. Nos sorprendió encontrarnos con un hombre muy joven, muy fino, de mentalidad ágil, palabra flúida y conceptos precisos.

En dos horas de conversación desfiló ante nuestros ojos el panorama político de Chile, la textura de sus estamentos y los conflictos de la lucha social; el nacimiento y las luchas de Falange que trabaja por imponer al país un ideario de justicia y de paz.

Falange nació de una escisión del viejo partido Conservador; es, como quien dice, su penacho intelectual y juvenil que arrancó un impulso voluntarioso e inconformista, deseoso de aplicar a la realidad las ideas de las encíclicas papales. "Por el pueblo y para el pueblo", es su divisa y se confiesa profundamente democrática. "Hasta aquí, que nosotros sepamos — nos dijo Carreton Walker — no se ha inventado nada mejor que democracia como régimen regular de gobierno".

—Sin embargo — le advertimos — algunas de las críticas que se han hecho a la democracia, tal como la practicamos los pueblos de Sud América y á algunos de sus fundamentos doctrinarios, han sido irrefragablemente justas.

—Nuestra posición de combate contra la corrupción política y contra las violaciones de la justicia social, —nos respondió— tiene el significado práctico de la aceptación de muchas de esas críticas a la democracia liberal que nos rige y su expresión económica: el capitalismo. Pero nosotros creemos en la posibilidad de implantar, en el seno mismo de la sociedad capitalista, sin destruirla, el pensamiento social cristiano que ha de transformarla y sanearla, dándole lo que le falta: el sentido espiritual y religioso de la vida y su consecuencia obligada, la práctica de la justicia.

—Y en cuanto al sufragio universal — preguntamos — ¿usted cree en él y en la necesidad de su mantenimiento?

—Naturalmente, puesto que creo en la dignidad humana. Aunque les confesaré que no me repugnaría aceptar un sufragio familiar que diera a cada hombre, independientemente de su instrucción o de su fortuna, la posibilidad de elegir el destino propio y el de la patria.

En ese momento se nos vinieron a la memoria unas palabras del escritor chileno Ricardo A. Latchman: "nuestro típico y desgreñado roto, vive, por muchos años, desvinculado de los problemas nacionales, incubando su rencor y el definitivo divorcio con la feudalidad imperante", y nos ocurrió preguntar a nuestro gentil enetrevistado: ¿Tiene éxito Falange entre las clases humildes?

—Ganamos terreno en todo el País — fué la respuesta —. En el próximo Congreso doblaremos con creces nuestra actual y precaria representación. Nuestra campaña electoral por los municipios de Chile ha sido una indiscutible demostración de vitalidad. Falange fué el único partido chileno que obtuvo en 1944 más votos que en 1941 y es, precisamente en los distritos más pobres y en los barrios obreros donde hemos sacado mayor número de votos.

—Con razón — le decimos para picarle —, según sabemos, algunos tachan a ustedes de constituir un partido de izquierdistas o de comunistas.

—Nuestro único punto de contacto con las izquierdas — repuso sonriendo Carreton Walker — está en que pretendemos solucionar los mismos problemas sociales. Con la diferencia que nosotros hemos tenido algún éxito y ellos han fracasado. Eso explica la decepción de la masa proletaria chilena para con los partidos de izquierda. Paradojalmen-

te, el triunfo del Frente Popular de Chile ha producido el debilitamiento de los partidos socialistas y comunista y la inclinación de los electores hacia los partidos de derecha.

—Tienen algo que ver ustedes con la Acción Católica que según se nos dice, es tan numerosa en Chile?

—Como constitución de la Iglesia nada tenemos que ver con ella. La Iglesia está fuera y por encima de los partidos. Somos un partido católico de inspiración no de denominación. Pero, de las filas de la Acción Católica hemos salido muchos y es la luz de las Encíclicas la que proyectamos sobre los conflictos de clases para establecer la justicia social.

—¿Cuál es la posición de Falange con respecto a relaciones interamericanas?

—Muy clara — dijo vivamente el diputado de Falange —. Queremos una América de habla española bien organizada, unida y fuerte, capaz de tratar de igual a igual con una América sajona próspera, fuerte, unida y bien organizada. En estos asuntos la oposición es desunión y la desunión lleva al choque; queremos colaboración porque ella comporta todos los bienes, inclusive la paz. Y en cuanto a España la veneramos como madre y nos sentimos vinculados a ella en el común destino de la religión y de la lengua; no la aceptamos como nuestra monitora en esa hispanidad imperialista que algunos desearían ver constituirse como realidad operante. Por otra parte, mucho nos agradaría que los católicos de las distintas naciones de Hispano América se constituyesen en grupos políticos análogos al nuestro. Creemos que debe llevarse a la político, que es decir a la práctica, las ideas cristianas de redención y de justicia, sin ostentación de etiquetas que mezclen las cosas del César con la cosa de Dios. Tales grupos católicos, trabajando en la solución nacional de los problemas internos de sus respectivos países, tendrían en sus afines de las demás repúblicas, un órgano de resonancia simpática para el prestigio de su acción interna y un medio de entendimiento para su acción externa. Esto no sería otra cosa que dar pasos para la instauración de aquel gran polípero de patrias que se llamó en el medioevo la cristiandad.

—Muy bien, señor Carreton Walker, y ya que estamos en el terreno de lo internacional — dijimos a nuestro amable interlocutor—, Falange no tendrá una opinión neutra en lo que se refiere al resultado de la contienda que envuelve actualmente al mundo entero.

—Ciertamente, — nos respondió —, nuestra decidida oposición al fascismo nos lleva naturalmente al deseo de la derrota de Alemania y Japón. Pero así y todo, nuestra enemiga con el comunismo rojo hace que tengamos más de una reserva en nuestra adhesión a la causa de las Naciones Unidas.

Largamente, con alegre y cautivante soltura había hablado nuestro entrevistado, en el castellano suave y flexible de allende la Cordillera. Nosotros, meditamos un instante sus conceptos doctrinarios y sus afirmaciones contundentes. Pensamos en nuestro país, tradicionalmente católico, que siempre ha sido gobernado por liberales y cuyas leyes las dictó siempre un Congreso casi volteriano y regalista. Y se nos ocurrió pensar, que quizá, y sin quizá un partido de inspiración católica habría impedido que andemos como andamos los católicos actualmente, polarizados en tendencias opuetas, contradictorias, votando con los socialistas, liberales y descreídos, en vez de las buenas y cristianas plataformas políticas que deberíamos tener, los programas menos malos, los menos dañinos para la salud de la patria y de la religión que a ellos se les antoje imponer. Y con un cordial y muy argentino apretón de manos, dejamos a este joven y animoso político chileno, ejemplo de ciudadano católico, don Manuel Carreton Walker.

M. S.



Una curiosa secta americana

Qui son gli eresiarche
Co'lor seguaci d'ogni setta, e molto
Più che non credi, son le tombe carche.
(DANTE, Inf. IX)

ESTADOS Unidos de América, nación de enorme vitalidad en este continente y en el concierto mundial, nos brinda hoy una entre sus muchas paradojas. Tierras y súbditos en superabundancia son alimento más que propicio para que la paradoja nazca y se desarrolle. Ella consiste en que podamos afirmar sin riesgo de equivocarnos que tal país tiene la gente más adelantada, y la más atrasada. Hay allí por lo bajo 134 comuniones religiosas, y aunque varias alcancen y pasen la millonada de miembros (¡Católicos en primer puesto con 20 millones!), un grupito llamado de los menonitas atrae la atención por sus costumbres anticuadas en medio de tanto progreso. Estas gentes contarán en la Unión, —haciendo cálculos optimistas—, con unos doscientos mil seguidores. Llevan una vida aldeanísima en contraste brusco con las contiguas y babélicas zonas industriales llenas de humo denso y hombres trajinados.

El movimiento religioso que ha convulsionado al orbe desde el siglo XVI hasta la época contemporánea, ha producido santos y ha producido herejes. La locura de la Reforma (porque fué falsa reforma) recorrió los ámbitos del Viejo Mundo, engendrando las deformaciones espirituales menos imaginables. La de los *bezslovestni*, entre otras, que se dejaban matar antes que articular palabra, la de los *filipoftchins*, que practicaban el suicidio individual, lo de los *morelstchiki*, que se eliminaban colectivamente, y la de los *adamitas* que celebraban sin ropas los oficios divinos. Tampoco carecían de extravagancias los mormones, los josefitas y los menonitas, inclusive, quienes se implantaron en tierras de Estados Unidos.

En Pensilvania, estado norteamericano que recibió a los menonitas hace ochenta y un años, se encuentra una fértil región granjera, donde los arroyos discurren mansamente entre valles y bosquecillos. En esta porción de territorio popularmente conocida como el País holandés de Pensilvania, viven los descendientes de un núcleo de holandeses, alemanes y suizos que hasta el siglo pasado emigraron de sus patrias por motivos religioso-políticos. Allí desenvuelven su existencia los menonitas, apegados a unas reglas de vida simple, contrarios a todo lo que sea modernismo, llanos en el vestir y fieles a las rígidas costumbres de hace doscientos años. Por eso han recibido el apelativo de *"Gente Sencilla"*, por parte del pueblo.

La secta toma su nombre de Menno Simons, heresiarca holandés del siglo XVI. Este fué un sacerdote católico llevado a la inquietud y a la duda por los opúsculos de Lutero y Bilicano. Primero cuestinó el bautismo de los niños. Parece que hirió sus sentidos el inhumano martirio de un anabaptista, y después reflexionar (?) sobre el bautismo de los párvulos, lo rechazó en una incontrolada reacción espiritual. Su segundo paso fué peor: negó el sacramento de la Eucaristía. Su entendimiento vacilaba bastante en los nuevos principios ávidamente asimilados. Hasta entonces habíase tambaleado en los mal sabidos dogmas católicos; ahora también perdía el equilibrio en las débiles verdades del credo recién llegado. Acudió a sus nuevos maestros en busca de luz para su mente, pero ellos no supieron dársela. Seguramente ya estaba en el laberinto y no tenía el hilo de Ariadana para salvarse.

Un tiempo estuvo al frente de una parroquia que abandonó en 1532 a cambio de un beneficio eclesiástico. Luego se desvió claramente de la doctrina y cuerpo de la Iglesia Católica. En especial, lo inclinó a decidirse un acontecimiento de esos que empujan más la sangre que la inteligencia: en abril de 1535, su hermano, que militaba entre los desorbitados discípulos de Juan Matthyzoon, con ellos se levantó en

armas y perdió la vida. Nueve meses después, Menno abandonaba la comunión católica. Si pudiéramos ahondar en su espíritu, no sería difícil que encontráramos, lo que tuvieron todos los organizadores de herejías: mucha soberbia. Y quizá también lo consumiera una secreta incertidumbre como la de Lutero, el temor de no poder entrar en el reino de los cielos.

Menno repudió el anabaptismo de Münster por sus excesos, y en 1537, a solicitud de un número de anabaptistas de Groningen, asumió las funciones de predicador. El movimiento del que tomó la dirección era moderado. Una década atrás habían sido sus promotores Manz y Grebel en Suiza. Más tarde tomó en los Países Bajos el nombre de *Doopsgezinden.* El reciente apóstata recorrió el corazón de Europa tratando de apaciguar a los anabaptistas e instándolos a que abandonaran la poligamia y los ataques a la autoridad civil. Era ese su momento para dogmatizar. ¡Espléndido caldo de cultivo! De tal época diría tiempo después Boileau, en una de sus sátiras: "Tout protestant fut pape, una Bible à la main".

Con todo, este reformador pretendió oponerse a la formación de una secta, porque alguna parte de su Cristología era ortodoxa. La doctrina suya se encuentra en muchos folletos que publicó en el transcurso de su vida combatiente, con especialidad en el código fundamental (*Het Fundament der Crysteliche Leer*, 1539).

No admitía otra regla de fe que el Nuevo Testamento. (Sin embargo erigía en reglas de fe sus interpretaciones del N. T.). Rechazaba ciertos términos que no hallaba en la Sagrada Escritura. Por ejemplo, no debía emplearse la palabra Trinidad al referirse a Dios o a las personas divinas. (¿Habría que inventar otra palabra para expresar el concepto que está en la Biblia?). Sostenía una doctrina valentiniana con respecto a la Encarnación, esto es, que Jesucristo había formado su cuerpo en María, con la substancia del Padre. (Sabemos que la naturaleza divina, inmutable e inalterable, no puede transformarse en naturaleza humana. Si Cristo, en cambio, hubiera pasado "por el vientre de la Virgen como el agua pasa fluyendo a través de un acueducto", sin tomar carne de María, El sería solamente Dios y no hombre. Probado está que fué hombre pues de El se predican operaciones estrictamente humanas: Durmió, Mat. 8,24. Tubo hambre y sed, Mat., 4,2-21, 18 - Juan, 19, 28. Sintió predilección por Juan, Juan, 19, 26-21, 20. Le desagradó el gusto del vinagre con hiel. Mat., 27, 34. Desfalleció, Marc., 14, 33, 34 y 36. Sufrió, Mat., 27, 46. Murió, Luc. 23, 46) Sustentaba que después de la muerte del cuerpo, el alma va a un lugar ignorado que no es el cielo ni el infierno. (Aquí tampoco se sigue al N. T., pues Jesús habló mucho del reino de los cielos y reveló asi mismo la existencia del infierno). Para él no conferían gracia ni el Bautismo ni la Eucaristía, únicos sacramentos que aceptaba (Miopía común a todos los protestantes, que no encontraban los otros sacramentos en los libros de la Nueva Alianza). El Bautismo sólo debía administrarse a los creyentes, previa una profesión de fe en Cristo. No permitía el matrimonio con quienes no tuvieran las mismas creencias religiosas. Aconsejaba evitar cuidadosamente el contacto con todo lo que pudiera inducir en pecado. Prohibía los juramentos porque es sagrada la palabra humana(en contra: Mat., 26, 65; II Cor., 1, 23); también la portación de armas y el quitar la vida a los semejantes, porque igualmente la vida es sagrada. Por eso consideraba la magistratura y el ejército como profesiones ilícitas, del mismo modo que los primitivos herejes. No obstante, se debía obediencia a los magistrados en todo lo que las Escrituras no prohibieron. Puso en primer plano el poder de excomunión de la Iglesia para librarse de quienes no respetaban las normas cristianas. Creía en el milenio venidero. Reputaba inútil y perniciosa la ciencia humana.

Toda la obra escrita por Menno Simons se resiente de falta de método, de difusión en el estilo y por ende, de obscuridad y contradicción en los conceptos. Anteriormente lo llamé heresiarca, pero es, en verdad, tan poco lo que a él pertenece, que podría llamarlo compilador de principios heréticos. En él se reeditaron varios errores condenados por la Iglesia: monofisismo, montanismo, luteranismo, zuinglianismo y otros. Las verdades que él negó están en el Evangelio, los Actos y las Epís-

tolas de los Apóstoles; y gran parte de lo que afirmó, éstas autoridades lo niegan. De modo que el mismo Nuevo Testamento viene a ser la piedra de toque que prueba la falsedad de su doctrina.

El 13 de enero de 1559, después de una agitada vida de predicación, de polémicas con los protestantes y de precipitadas fugas, Menno Simons falleció. En honor a la verdad podemos decir que fué entusiasta en sus manifestaciones, y a diferencia de otros reformadores, mantuvo una conducta honesta. Sus prédicas, inconsistentes, se dirigieron en particular a conseguir una religión aplicada con rígidas normas morales.

La posición de los menonitas fué desde su origen bien definida. En seguida negaron el carácter cristiano de la Iglesia existente y de la autoridad civil. Esto bastó para que juntaran el disfavor de protestantes, católicos y ateos. Muy pronto, esta gente, opositora sistemática de cualquier gobierno, sufrió persecuciones sangrientas de un mundo que no sabía de tolerancia.

No quisieron jerarquía, como los familistas, pero a corto plazo tuvieron necesidad de ella. (Mat. 16, 18; Juan 21, 15 y 20, 21). Para administrar el Bautismo y la Cena del Señor eligieron *"exhortadores"* (diáconos y pastores), y a algunos se les dió el título superior de *"presbíteros"* u obispos.

La enseñanza de una vida sencilla y apartada del mundo atrajo muchos adeptos en Suiza, Alemania, Holanda y Francia. En 1619, los cuatro hermanos granjeros van der Kodden fundaron en Rhijnsburg, Holanda, una rama de la secta y, para burlar la acción de la ley penal, en vez de dar el nombre de iglesias a sus asambleas, las denominaron colegios. De ahí que se los conociera como *Colegiantes*, por quienes se dice que Spinoza tuvo una intensa simpatía. Con el correr de unos cuantos años, los menonitas fueron aproximándose, por su fe espiritual no dogmática, a los arminianos y socinianos. Es importante anotar la celebración de un congreso de todas estas sub-sectas, en Dort, 1639, el cual redactó una famosa Declaración de Fe. Más entrado el siglo, un menonita suizo, Jakob Amen o Ammon, juzgó que la secta se desviaba de los puntos fijados por Menno Simons, y organizó un grupo —los amitas—, declarando la obligación de aplicar con estrictez y a la letra la Declaración de Fe de Dort.

Los socinianos polacos más de una vez entablaron negociaciones con los menonitas, a quienes se parecían no sólo en la fe sino además en el repudio de los juramentos, en la prohibición de matar y en sus lógicas consecuencias ya vistas, junta esto con un cuerpo fundamental basado en la sola interpretación de la Biblia. Los arreglos no cuajaron debido a ulteriores desavenencias doctrinarias. En 1660, cuando estos disidentes polacos fueron expulsados de su país, muchos se incorporaron a la secta menonita.

Hasta 1811 los menonitas estuvieron muy divididos, pero en este último año consiguieron una unificación casi general. Su destino fué el mismo destino de su principal doctrinador y dirigente. Contra ellos se enderezaron persecuciones en varios países europeos, pues, no sin razón, sus principios fueron tenidos por subversivos al orden establecido. Gracias a estas persecuciones hallaron simpatía por sus ideas y lograron difundirse. Tal es el efecto de las persecuciones. Casi dos siglos antes lo había observado con visión clara Sir Thomas Browne en su *Religio Medici*. En la parte I reflexiona sobre lo que aconteció con los julíos: mil quinientos años de persecución no habían hecho sino corroborarlos en su error y fortificarlos para el sufrimiento. Y concluye advirtiendo los peligros de este proceder: "La persecución es una mala e indirecta manera de plantar una religión: ha sido el método poco feliz de apasionadas manifestaciones de celo religioso y ha instigado no sólo a la buena religión sino también a las herejías depravadas y a las creencias insensatas".

El año 1640 señala la llegada de los primeros contingentes de menonitas a América. Desembarcaron en Nueva York y en Nueva Jersey, donde vivieron unos años. Mas no era ése todavía el clima de libertad que ansiaban. La gran mayoría se desplazó a Pensilvania, ya que William Penn había prometido libertad en la práctica de su fe religiosa a todo aquél que se estableciere en la región. Germantown, en Pensilvania, fué la primera colonia. Cuando, en

el siglo XIX, Alemania y Rusia impusieron el servicio militar obligatorio, se reanudó el éxodo de menonitas hacia América. La cantidad de estos nuevos norteamericanos fué enriqueciéndose con esa misma corriente migratoria, hasta que se detuvo el aporte porque Prusia en 1868 y Rusia trece años más tarde, no queriendo desperdiciar la energía humana que se les escapaba hacia las tierras ultramarinas, eximieron a estos sectarios de la obligación militar a cambio de prestación de servicios en los hospitales.

En América, como es natural, sostuvieron su libertad de conciencia, y el nuevo continente no fué avaro en oportunidades para que defendieran sus puntos de vista. Se opusieron otra vez a la guerra, a la esclavitud, al interés que se paga por el uso de capitales prestados, y al seguro. Después de Germantown se extendieron a Lancaster, Bucks, Berks y otros condados. De allí se dispersaron por los estados vecinos y pasaron a Canadá. En los tiempos coloniales y posteriormente, los menonitas siempre estuvieron en contacto con los indios, quienes los respetaron. No les pareció entonces necesario levantar iglesias, ni remunerar a sus ministros, ni darles una enseñanza que los preparara para el ejercicio de su profesión.

Los nuevos pobladores y sus descendientes no hablaban un único idioma: cada grupo se entendía en la lengua de su país de origen —holandés, alemán, ruso. Tampoco aplicaban sus doctrinas y disciplina de igual modo: unos eran estrictos y llegaban hasta la excomunión, en tanto que otros eran blandos e indulgentes. Esto, que ocurre en toda sociedad, atenta y quiebra la unidad y fuerza de los sistemas religiosos. Así es que actualmente existen en los EE. UU. 17 congregaciones de menonitas solamente. A pesar de la escisión, estas congregaciones o iglesias resolvieron, en un congreso general, aceptar como dogma unitario la Declaración de Fe elaborada en Dort.

Después de estallar la primera guerra mundial, los menonitas entre otros, se negaron a alistarse en el ejército de los EE. UU., por lo que el gobierno de ese país, en las leyes que entonces dictó, vino en considerarlos como antibelicistas "sinceros", y los destinó para servicios auxiliares y de enfermería. Una vez acabadas las hostilidades, continuó esta clase de inmigración, pero desviándose hacia Canadá y México.

En América, la mayoría de los menonitas están radicados en los EE. UU., donde se hallan repartidos en Pensilvania, Ohío, Kansas y Dakota del Sur, en la que hay doce congregaciones "comunistas" conocidas como comunidades de Hutter (Jakob Hutter, su fundador), que si bien no son menonitas por su origen, han aceptado sus principios. Cuenta en la actualidad el territorio norteamericano con templos menonitas en los que ofician ministros retribuídos por la feligresía.

Pensilvania sola tiene la cuarta parte de todos los menonitas esparcidos en el planeta, incluyendo también a los amitas. Es digno de reparar cómo ambos cuerpos religiosos se mantienen en sus primitivas costumbres y vestidos. Aun siguen encastillados en su misoneísmo. Desdeñan los automóviles y por eso persisten en viajar en carruajes y coches de tracción a sangre. Los hombres casados gastan barba. Las mujeres y niñas llevan vestidos talares, faldas con delantal y ajustadas cofias de encaje, o papalinas al igual que sus abuelas holandesas. En general, su indumentaria está despojada de galas. Los amitas, más estrictos, no usan botones por estimarlos mundanos y prenden sus ropas con ganchitos. Tengo ante mi vista una fotografía de la localidad de Barreville; en ella se ven unas cabinas telefónicas en la acera, cosa muy común en el lugar, pues estos sectarios no pueden tener teléfonos, lo cual no les impide colocarlos a la puerta. Tampoco pueden colgar cuadros en las paredes, ni poner cortinas o alfombras. En la campaña pueden verse a menudo graneros con pinturas representando caballos, lirios, tulipanes o estrellas encerrados en círculos. Al parecer, esto que hoy es sólo una costumbre, les viene de sus antepasados que solían hacerlo con el fin de ahuyentar a las brujas.

Hasta nuestros días, los miembros de la Vieja Iglesia Menonita emplean la llamada lengua holandesa de Pensilvania. Muchos pensilvanos no saben expresarse sino en esta lengua que es una corrupción del

alemán mezclado con el inglés. Ya Franklin cierta vez se quejó, y dijo que en el parlamento del Estado habría que nombrar intérpretes para que cuando hablaran los diputados de un sector, los otros entendieran. Hoy, la ignorancia del inglés no llega a tanto en esta región pero recientemente se dió un caso por demás interesante. En un juicio criminal muy comentado, varios de los testigos no supieron producirse sino en holandés de Pensilvania, y ni el juez, ni el fiscal, ni el jurado, ni la defensoría necesitaron valerse de los servicios de un intérprete.

Es singular y pintoresco ver en pleno corazón industrial de los Estados Unidos de América, una colectividad de personas tan pequeña y sencilla que se aferre obstinadamente a las modas y prácticas europeas de hace años. Parece un vástago del siglo XVIII injertado en un tronco del siglo XIX. Por lo visto se equivocó Schiller en cuanto dijo que las costumbres raras no prosperaban en suelo extranjero. Acabamos de examinar un ejemplo evidente de lo contrario. Aquel autor, sin duda echó al olvido que la costumbre es una segunda naturaleza y que, sea buena o mala, harto trabajoso es destruirla cuando está arraigada en el pueblo. Todo lo expuesto nos habla pues con elocuencia de la tolerante acogida que ha podido brindar a gente de los cuatro vientos la tierra franca y generosa del Nuevo Continente.

Jorge Wilfredo Viera



"¡PADRE NUESTRO!"

por Mons. *Tihamer Toth*

Sonreímos con desdeñosa suficiencia cuando alguna vez conocimos la existencia en ciertos pueblos del Asia de esos furiosos molinos de rezar, los cuales consisten, como se sabe, en un rodillo de piedra o de madera con plegarias grabadas en la superficie. Al pasar, el viandante piadoso, sin perder tiempo en detenerse, hace girar el rodillo y prosigue confiado su camino, sabiendo que a sus espaldas el tal utensilio, con sus vueltas, queda implorando por él a la divinidad. Y sin embargo, si bien se mira, no teuemos razón para menospreciar a esa gente simple, nacida entre la ignorancia y la idolatría, cuando nosotros, que presumimos de civilizados y que poseemos la suprema religión del cristianismo, también tenemos, sin darnos cuenta, desde luego, nuestros molinos de rezar. Me refiero a esas oraciones recitadas mecánicamente con los labios sin participación alguna del espíritu; oraciones en que, si inicialmente el alma se dirige a Dios, presto su terrizo vuelo languidece y desciende a enredarse de nuevo con las cosas de la tierra; oraciones que hacen llorar al ángel y tientan la bondad de Dios.

Regla fija y constante, seguida por autores sagrados y profanos, es que la oración debe comenzar por la alabanza de Dios, por el lucido reconocimiento de su Gloria y Misericordia: ¡pobre oración entonces la que empieza apenas con una leve elevación de los ojos sin que la acompañe durante toda ella la elevación del alma!... Recuérdese que la oración de Moisés por la victoria de su pueblo no era atendida sino en tanto que mantenía los brazos en alto; símbolo exacto de la necesidad de mantener mientras se ora levantado el ánimo, en vilo la inteligencia y la fe. Del espíritu es el impulso, el cuerpo no hace sino seguirlo como una sombra. Ahora bien, si en la atención se distrae en objetos menos dignos no habrá alabanza ui habrá adoración meritoria. Esto es lo que empobrece la vida cristiana de muchos.

Tihamer Toth, el admirable obispo de Veszprém, Hungría, ha escrito su hermoso manual "Padre Nuestro", noveno en la serie de sus libros apologéticos, que la Colección "Razonemos nuestra Fe" (Editorial Poblet), en versión castellano, ha reimpreso con digna y esmerada presentación. Ahí la oración dominical se explana en su profundo contenido y sirve al autor para exponer argumentos apologéticos, junto a cada concepto, en forma razonada, brillante y amena que al mismo tiempo edifica y cautiva.

Creemos en la necesidad de que este libro se difunda si debe favorecerse el proceso de racionalización de nuestra fe que aparece como venturoso signo de los tiempos presentes. Se debe orar mucho, ciertamente, pero se debe orar bien, con fervor, poniendo a cada palabra que los labios repitan las alas del espíritu; en el Padrenuestro sobre todo, oración enseñada por el mismo Jesucristo a los Apóstoles y cuyo divino cuño suele borrarse lamentablemente al convertirla el hábito de repetirla en un bisbisceo glosolálico.

Este libro enseña a orar; enseña a pensar lo que se dice y también enseña a defender nuestras creencias. Nada más necesario en estos tiempos que si son de tribulación extraordinaria deben ser también de plegaria extraordinaria.

"Id y enseñad a las naciones", se dijo a los Apóstoles. Mons. Tihamer Toth, que también ha recibido ese mandato, lo cumple con la palabra y con la pluma de un modo encomiable. No nos enseña esta vez cosas nuevas, pero nos hace ver tesoros que teníamos y no nos habíamos percatado; nos descubre mundos olvidados; restituye, en definitiva, a las palabras eternas sus alas luminosas.

MIGUEL SOTOMAYOR.

